UNE ✦ SACRA

Antigua Grecia

Himnos homéricos

✦ ✦ ✦

Anónimos (atribuidos a Homero)

Traducción (edición 1.6)

Créditos

Autor	Anónimos (atribuidos a Homero)
Fecha	siglos VII–V a. C.
Idioma original	Griego antiguo
Versión	Traducción (edición 1.6)
Traducción	Traducción popular, a partir de la versión inglesa de Hugh G. Evelyn-White
Fuente	Project Gutenberg
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

Colección de 33 himnos en hexámetros dedicados a los dioses griegos, atribuidos en la Antigüedad a Homero, pero compuestos por diversos poetas entre los siglos VII y V a. C. (algunos más tardíos).

Los cuatro grandes himnos narran mitos completos: el rapto de Perséfone y la fundación de los Misterios de Eleusis (Himno 2, a Deméter), el nacimiento de Apolo en Delos y la fundación de Delfos (Himno 3), las travesuras de Hermes recién nacido, que roba el ganado de Apolo e inventa la lira (Himno 4), y el amor de Afrodita por el mortal Anquises (Himno 5).

Los demás son proemios breves que los rapsodas cantaban antes de recitar otros poemas.

Orden de los himnos: 1 Dioniso; 2 Deméter; 3 Apolo delio y pitio; 4 Hermes; 5 y 6 Afrodita; 7 Dioniso; 8 Ares; 9 Artemisa; 10 Afrodita; 11 Atenea; 12 Hera; 13 Deméter; 14 Madre de los dioses; 15 Heracles; 16 Asclepio; 17 Dioscuros; 18 Hermes; 19 Pan; 20 Hefesto; 21 Apolo; 22 Poseidón; 23 Zeus; 24 Hestia; 25 Musas y Apolo; 26 Dioniso; 27 Artemisa; 28 Atenea; 29 Hestia; 30 Tierra, madre de todos; 31 Helios; 32 Selene; 33 Dioscuros.

El Himno a Deméter es la principal fuente antigua sobre los Misterios de Eleusis, el culto de iniciación más famoso de Grecia, y el único manuscrito que lo conserva no se redescubrió hasta 1777, en una granja cerca de Moscú. Los pasajes se numeran por el primer verso griego que abarcan.

Fuente: https://www.gutenberg.org/ebooks/348

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Himno 1

Himno 2

Himno 3

Himno 4

Himno 5

Himno 6

Himno 7

Himno 8

Himno 9

Himno 10

Himno 11

Himno 12

Himno 13

Himno 14

Himno 15

Himno 16

Himno 17

Himno 18

Himno 19

Himno 20

Himno 21

Himno 22

Himno 23

Himno 24

Himno 25

Himno 26

Himno 27

Himno 28

Himno 29

Himno 30

Himno 31

Himno 32

Himno 33

HIMNO I

✦

1-9 Pues unos dicen que en Drácano; otros, en la ventosa Ícaro; otros, en Naxos, oh nacido del Cielo, Cosido en el muslo; y otros, junto al río Alfeo de profundos remolinos, que Sémele, encinta, te dio a luz para Zeus, que se complace en el trueno. Y otros aún, señor, dicen que naciste en Tebas; pero todos ellos mienten.

1-9.2 El Padre de los hombres y de los dioses te dio a luz lejos de los hombres y a escondidas de Hera de blancos brazos. Hay cierta Nisa, un monte altísimo y cubierto de ricos bosques, lejos, en Fenicia, cerca de las corrientes del Egipto.

10-12 «...y los hombres le consagrarán muchas ofrendas en sus santuarios. Y como estas cosas son tres, así los mortales te sacrificarán siempre hecatombes perfectas en tus fiestas cada tres años.»

13-16 El Hijo de Crono habló y asintió con sus oscuras cejas. Y los divinos cabellos del rey cayeron hacia delante desde su cabeza inmortal, e hizo vacilar el gran Olimpo. Así habló el sabio Zeus y lo ordenó con un gesto.

17-21 ¡Sé propicio, oh Cosido en el muslo, Inspirador de las mujeres en delirio! Nosotros, los cantores, te cantamos al comenzar y al terminar un canto, y nadie que te olvide puede acordarse del canto sagrado. Y así, adiós, Dioniso, Cosido en el muslo, con tu madre Sémele, a quien los hombres llaman Tione.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 2

✦

1-3 Comienzo a cantar a Deméter de hermosos cabellos, diosa venerable —a ella y a su hija de finos tobillos, a quien Aidoneo arrebató, entregada a él por Zeus que todo lo ve, el que truena fuerte—.

4-18 Lejos de Deméter, señora de la espada de oro y de los frutos gloriosos, ella jugaba con las hijas de profundo pecho de Océano y recogía flores por un suave prado: rosas y azafranes y hermosas violetas, también lirios y jacintos y el narciso, que la Tierra hizo crecer por voluntad de Zeus y para agradar al Acogedor de Muchos, para que fuera una trampa para la muchacha semejante a una flor —una flor maravillosa y radiante—.

4-18.2 Era cosa de asombro, tanto para dioses inmortales como para hombres mortales, verla: de su raíz brotaban cien flores, y olía dulcísimamente, de modo que todo el ancho cielo de arriba y la tierra entera y el oleaje salado del mar rieron de alegría.

4-18.3 Y la muchacha, maravillada, alargó ambas manos para tomar el hermoso juguete; pero la tierra de anchos caminos se abrió allí, en la llanura de Nisa, y el señor, Acogedor de Muchos, con sus caballos inmortales se lanzó sobre ella —el Hijo de Crono, Aquel que tiene muchos nombres—.

19-32 La arrebató, contra su voluntad, en su carro de oro y se la llevó entre lamentos. Entonces ella gritó agudamente con su voz, llamando a su padre, el Hijo de Crono, que es altísimo y excelente.

19-32.2 Pero nadie, ni de los dioses inmortales ni de los hombres mortales, oyó su voz, ni siquiera los olivos de ricos frutos: solo Hécate de tierno corazón, de brillante tocado, hija de Perseo, oyó a la muchacha desde su cueva,

y el señor Helio, brillante hijo de Hiperión, mientras ella clamaba a su padre, el Hijo de Crono.

19-32.3 Pero él estaba sentado aparte, lejos de los dioses, en su templo donde muchos rezan, recibiendo dulces ofrendas de los hombres mortales. Así él, aquel Hijo de Crono de muchos nombres, que es Señor de Muchos y Acogedor de Muchos, se la llevaba, con permiso de Zeus, en su carro inmortal —la hija de su propio hermano, y del todo contra su voluntad—.

33-39 Y mientras ella, la diosa, aún contemplaba la tierra y el cielo estrellado y el mar de fuertes corrientes donde se juntan los peces, y los rayos del sol, y todavía esperaba ver a su querida madre y a las tribus de los dioses eternos, durante ese tiempo la esperanza calmó su gran corazón a pesar de toda su aflicción... [...] ...y las cumbres de los montes y las profundidades del mar resonaron con su voz inmortal; y su augusta madre la oyó.

40-53 Un dolor amargo se apoderó de su corazón, y rasgó con sus propias manos el velo de sus divinos cabellos; arrojó de ambos hombros su oscuro manto y se lanzó, como un ave salvaje, sobre la tierra firme y el mar flexible, buscando a su hija. Pero nadie quiso decirle la verdad, ni dios ni hombres mortales; y de las aves de augurio ninguna vino con noticia verdadera para ella.

40-53.2 Entonces, durante nueve días, la augusta Deo vagó por la tierra con antorchas encendidas en las manos, tan afligida que nunca probó la ambrosía ni la dulce bebida del néctar, ni bañó su cuerpo con agua. Pero cuando llegó la décima aurora luminosa, Hécate, con una antorcha en las manos, salió a su encuentro, le habló y le dio noticias:

54-58 «Augusta Deméter, que traes las estaciones y das buenos dones, ¿qué dios del cielo o qué hombre mortal ha arrebatado a Perséfone y ha traspasado de dolor tu querido corazón? Pues oí su voz, pero no vi con mis ojos quién era. Pero te digo con verdad y en breve todo lo que sé.»

59-73 Así, pues, habló Hécate. Y la hija de Rea de hermosos cabellos no le respondió, sino que corrió deprisa con ella, sosteniendo antorchas encendidas en las manos.

59-73.2 Así llegaron ante Helio, que es vigía tanto de los dioses como de los hombres, y se detuvieron delante de sus caballos; y la brillante diosa le preguntó: «Helio, ten tú al menos consideración de mí, diosa como soy, si alguna vez con palabra u obra mía alegré tu corazón y tu espíritu. A través del aire estéril oí el grito estremecedor de mi hija, a quien di a luz, dulce retoño de mi cuerpo y hermosa de forma, como de alguien atrapado con violencia; pero con mis ojos nada vi.

59-73.3 Pero tú —pues con tus rayos miras desde el aire luminoso de lo alto sobre toda la tierra y el mar—, dime con verdad de mi querida hija, si la has visto en algún lugar, qué dios u hombre mortal la ha atrapado con violencia contra su voluntad y la mía, y así ha huido.»

74-87 Así dijo ella. Y el Hijo de Hiperión le respondió: «Reina Deméter, hija de Rea de hermosos cabellos, te diré la verdad; pues mucho te reverencio y te compadezco en tu dolor por tu hija de finos tobillos. Ningún otro de los dioses inmortales es culpable, sino solo Zeus que amontona las nubes, que la entregó a Hades, hermano de su padre, para que fuera llamada su lozana esposa. Y Hades la atrapó y se la llevó, gritando fuerte, en su carro, a su reino de niebla y tiniebla.

74-87.2 Pero, diosa, cesa tu fuerte lamento y no guardes en vano una cólera implacable: Aidoneo, el Señor de Muchos, no es un esposo inadecuado entre los dioses inmortales para tu hija, pues es tu propio hermano y nacido del mismo linaje; además, en honor, tiene aquella tercera parte que recibió cuando se hizo el reparto al principio, y ha sido designado señor de aquellos entre quienes habita.»

88-89 Así habló, y llamó a sus caballos; y, a su reprimenda, ellos hicieron rodar rápidamente el veloz carro, como aves de largas alas.

90-112 Pero un dolor aún más terrible y salvaje entró en el corazón de Deméter, y desde entonces se enojó tanto con el Hijo de Crono de oscuras nubes que evitó la reunión de los dioses y el alto Olimpo, y fue a las ciudades y a los ricos campos de los hombres, desfigurando su forma durante mucho tiempo.

90-112.2 Y nadie, ni de los hombres ni de las mujeres de profundo pecho, la reconocía al verla, hasta que llegó a la casa del sabio Céleo, que entonces era señor de la fragante Eleusis.

90-112.3 Afligida en su querido corazón, se sentó cerca del borde del camino, junto al Pozo de la Doncella, de donde las mujeres del lugar solían sacar agua, en un lugar sombreado sobre el que crecía un arbusto de olivo.

90-112.4 Y era semejante a una anciana apartada de la maternidad y de los dones de Afrodita, amiga de las guirnaldas, como las nodrizas de los hijos de los reyes que imparten justicia, o como las amas de llaves en sus resonantes salas.

90-112.5 Allí la vieron las hijas de Céleo, hijo de Eleusis, cuando venían por el agua fácil de sacar, para llevarla en cántaros de bronce a la casa de su querido padre: eran cuatro, y semejantes a diosas en la flor de su juventud, Ca-

lídice y Clisídice y la encantadora Demo y Calítoe, que era la mayor de todas.

90-112.6 No la reconocieron —pues los dioses no son fácilmente discernidos por los mortales—, sino que, de pie junto a ella, le dijeron palabras aladas:

113-117 «Anciana madre, ¿de dónde eres y quién eres, de entre los nacidos hace mucho tiempo? ¿Por qué te has alejado de la ciudad y no te acercas a las casas? Pues allí, en las salas sombreadas, hay mujeres justamente de tu edad, y otras más jóvenes; y ellas te acogerían tanto de palabra como de obra.»

118-144 Así dijeron. Y ella, aquella reina entre las diosas, les respondió diciendo: «Salud, queridas hijas, quienesquiera que seáis de entre las mujeres. Os contaré mi historia; pues no es inconveniente que os diga con verdad lo que preguntáis. Doso es mi nombre, pues me lo dio mi noble madre. Y ahora he venido de Creta sobre el ancho lomo del mar —no por mi voluntad; sino que unos piratas me trajeron de allí por la fuerza, contra mi gusto—. Después arribaron con su nave veloz a Tórico, y allí las mujeres desembarcaron en la playa en gran multitud, y los hombres también, y comenzaron a preparar una comida junto a las amarras de popa de la nave.

118-144.2 Pero mi corazón no deseaba comida agradable, y huí a escondidas por la tierra oscura y escapé de mis amos, para que no me llevaran sin haber pagado por mí a través del mar, para obtener allí un precio por mí. Y así vagué y he llegado aquí; y no sé en absoluto qué tierra es esta ni qué gente hay en ella.

118-144.3 Pero que todos los que habitan el Olimpo os den maridos y el nacimiento de hijos, como desean los padres, con tal que os compadezcáis de mí, doncellas, y me mostréis esto claramente, para que sepa, queridas hijas, a la casa de qué hombre y de qué mujer puedo ir, para trabajar para ellos de buen grado en las tareas propias de una mujer de mi edad. Bien podría criar a un niño recién nacido, sosteniéndolo en mis brazos, o cuidar de la casa, o preparar el lecho de mis amos en un rincón de la alcoba bien construida, o enseñar a las mujeres su trabajo.»

145-146 Así dijo la diosa. Y al punto la doncella soltera Calídice, la más hermosa de forma de las hijas de Céleo, le respondió y dijo:

147-168 «Madre, lo que los dioses nos envían, los mortales lo soportamos por fuerza, aunque suframos; pues ellos son mucho más fuertes que nosotros. Pero ahora te enseñaré claramente, diciéndote los nombres de los hombres que tienen gran poder y honor aquí y son los principales del pueblo, que guardan la corona de torres de nuestra ciudad con su sabiduría y sus juicios rectos: está el sabio Triptólemo, y Diocles, y Polixeno, y el intachable Eumolpo, y Dólico, y nuestro propio padre valiente.

147-168.2 Todos ellos tienen esposas que gobiernan la casa, y ninguna de ellas, en cuanto te vea, te deshonraría ni te echaría de casa, sino que te acogerán; pues en verdad eres semejante a los dioses. Pero, si quieres, quédate aquí; y nosotras iremos a la casa de nuestro padre y contaremos a Metanira, nuestra madre de profundo pecho, todo este asunto por entero, para que te invite a venir a nuestra casa en lugar de buscar las casas de otros.

147-168.3 Tiene un hijo único, nacido tarde, que se cría en nuestra casa bien construida, niño de muchas plegarias y bienvenido: si pudieras criarlo hasta que alcanzara la plena medida de la juventud, cualquier mujer que te

viera te envidiaría al punto, tales regalos te daría nuestra madre por su crianza.»

169-183 Así habló; y la diosa inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Y ellas llenaron de agua sus relucientes vasijas y se las llevaron alegres. Pronto llegaron a la gran casa de su padre y al punto contaron a su madre lo que habían oído y visto. Entonces ella les mandó ir con toda prisa e invitar a la forastera a venir por un salario sin medida.

169-183.2 Como ciervas o novillas en primavera, saciadas de pasto, brincan por un prado, así ellas, recogiendo los pliegues de sus hermosos vestidos, bajaron corriendo por el camino hondo, y sus cabellos, como flor de azafrán, ondeaban sobre sus hombros.

169-183.3 Y encontraron a la buena diosa cerca del borde del camino, donde la habían dejado antes, y la condujeron a la casa de su querido padre. Y ella caminaba detrás, afligida en su querido corazón, con la cabeza velada y vistiendo un manto oscuro que ondeaba en torno a los finos pies de la diosa.

184-211 Pronto llegaron a la casa de Céleo, nutrido por el cielo, y atravesaron el pórtico hasta donde su augusta madre estaba sentada junto a una columna del techo bien ajustado, sosteniendo en su regazo a su hijo, tierno retoño. Y las muchachas corrieron hacia ella. Pero la diosa caminó hasta el umbral; y su cabeza tocó el techo y llenó la puerta de un resplandor celestial.

184-211.2 Entonces el temor, la reverencia y el pálido miedo se apoderaron de Metanira, y se levantó de su asiento ante Deméter y le pidió que se sentara. Pero Deméter, que trae las estaciones y da dones perfectos, no quiso

sentarse en el asiento reluciente, sino que permaneció en silencio, con los hermosos ojos bajos, hasta que la diligente Yambe le puso un taburete articulado y echó sobre él un vellón plateado.

184-211.3 Entonces se sentó y sostuvo el velo con las manos delante del rostro. Mucho tiempo estuvo sentada en el taburete sin hablar, a causa de su dolor, y no saludó a nadie ni de palabra ni con un gesto, sino que permaneció sin sonreír jamás, sin probar comida ni bebida, porque se consumía de añoranza por su hija de profundo pecho, hasta que la diligente Yambe —que también después complacía sus humores— movió a la santa señora, con muchas bromas y chanzas, a sonreír y reír y alegrar su corazón.

184-211.4 Entonces Metanira llenó una copa de vino dulce y se la ofreció; pero ella la rechazó, pues dijo que no le era lícito beber vino tinto, sino que pidió que mezclaran harina y agua con menta tierna y le dieran de beber. Y Metanira preparó la bebida y se la dio a la diosa como ella pedía. Así la gran reina Deo la recibió para observar el rito sagrado... [...]

212-223 Y de todas ellas, Metanira de hermosa cintura fue la primera en hablar: «¡Salud, señora! Pues creo que no eres de humilde cuna, sino noble; en verdad la dignidad y la gracia resaltan en tus ojos como en los ojos de los reyes que imparten justicia. Pero los mortales soportamos por fuerza lo que los dioses nos envían, aunque nos aflijamos; pues un yugo está puesto sobre nuestros cuellos. Pero ahora, ya que has venido aquí, tendrás lo que yo pueda darte; y críame a este niño que los dioses me dieron en mi vejez y más allá de mi esperanza, un hijo muy pedido en plegarias.

212-223.2 Si lo crías hasta que alcance la plena medida de la juventud, cualquier mujer que te vea te envidiará al punto, tan grande recompensa daría yo por su crianza.»

224-230 Entonces Deméter de hermosos cabellos le respondió: «Y a ti también, señora, salud, ¡y que los dioses te den el bien! De buen grado tomaré al niño en mi pecho, como me pides, y lo criaré. Nunca, creo yo, por descuido alguno de su nodriza le dañará la brujería ni tampoco el Cortador de abajo; pues conozco un hechizo mucho más fuerte que el Leñador, y conozco una excelente protección contra la funesta brujería.»

231-247 Dicho esto, tomó al niño en su fragante seno con sus manos divinas; y su madre se alegró en su corazón. Así la diosa crio en el palacio a Demofonte, el hermoso hijo del sabio Céleo, a quien había dado a luz Metanira de hermosa cintura.

231-247.2 Y el niño crecía como un ser inmortal, sin ser alimentado con comida ni nutrido al pecho; pues de día Deméter de rica corona lo ungía con ambrosía, como si fuera hijo de un dios, y soplaba dulcemente sobre él mientras lo tenía en su regazo. Pero de noche lo escondía como un tizón en el corazón del fuego, sin que lo supieran sus queridos padres.

231-247.3 Y causaba gran asombro a estos que creciera más allá de su edad; pues era semejante a los dioses cara a cara. Y ella lo habría hecho inmortal y libre de vejez, si Metanira de hermosa cintura, en su descuido, no hubiera vigilado de noche desde su fragante alcoba y espiado.

231-247.4 Pero gritó y se golpeó ambas caderas, porque temía por su hijo y estaba muy turbada en su corazón; así se lamentó y dijo palabras aladas:

248-249 «Demofonte, hijo mío, la mujer extranjera te entierra hondo en el fuego y me causa dolor y amarga pena.»

250-255 Así habló, lamentándose. Y la brillante diosa, Deméter de hermosa corona, la oyó y se enojó con ella. Así, con sus manos divinas, arrebató del fuego al querido hijo que Metanira había dado a luz sin esperarlo en el pa-

lacio, y lo arrojó de sí al suelo; pues estaba terriblemente irritada en su corazón. Enseguida dijo a Metanira de hermosa cintura:

256-274 «Insensatos sois los mortales y torpes para prever vuestro destino, sea de bien o de mal, que os sobreviene. Pues ahora, en tu descuido, has cometido una locura sin remedio; pues —sea testigo el juramento de los dioses, la implacable agua de la Estigia— yo habría hecho a tu querido hijo inmortal y libre de vejez todos sus días y le habría concedido honor eterno, pero ahora de ningún modo puede escapar a la muerte y a los destinos. No obstante, un honor imperecedero reposará siempre sobre él, porque se tendió sobre mis rodillas y durmió en mis brazos.

256-274.2 Pero, al girar los años y cuando esté en la flor de su edad, los hijos de los eleusinos librarán siempre guerra y terrible lucha unos contra otros continuamente. ¡Mira! Yo soy aquella Deméter que tiene parte de honor y es la mayor ayuda y causa de alegría para los dioses inmortales y los hombres mortales. Pero ahora, que todo el pueblo me construya un gran templo y un altar debajo de él, al pie de la ciudad y de su escarpada muralla, sobre una colina que se alza por encima del Calícoro. Y yo misma enseñaré mis ritos, para que en adelante los celebréis con reverencia y así ganéis el favor de mi corazón.»

275-280 Dicho esto, la diosa cambió su estatura y su aspecto, apartando de sí la vejez: la belleza se extendió a su alrededor y una fragancia encantadora se desprendió de sus perfumadas vestiduras, y del cuerpo divino de la diosa brilló a lo lejos una luz, mientras las trenzas de oro se extendían sobre sus hombros, de modo que la sólida casa se llenó de resplandor como de un relámpago. Y así salió del palacio.

281-291 Y al punto se le aflojaron las rodillas a Metanira, y quedó sin habla durante mucho tiempo y no se acordó de levantar del suelo a su hijo nacido tarde. Pero sus hermanas oyeron su llanto lastimero y saltaron de sus lechos bien mullidos: una de ellas tomó al niño en sus brazos y lo puso en su regazo, mientras otra reavivaba el fuego, y una tercera corrió con pies suaves para traer a su madre de su fragante alcoba.

281-291.2 Y se reunieron en torno al niño que se debatía y lo lavaron, abrazándolo con amor; pero él no se consolaba, porque ahora lo sostenían nodrizas y criadas mucho menos hábiles.

292-300 Toda la noche procuraron aplacar a la gloriosa diosa, temblando de miedo. Pero en cuanto comenzó a asomar la aurora, contaron todo sin falta al poderoso Céleo, como les había ordenado la diosa Deméter de hermosa corona. Así Céleo convocó al pueblo innumerable a una asamblea y le mandó hacer un hermoso templo para Deméter de hermosos cabellos y un altar sobre la colina que se alza. Y ellos le obedecieron muy deprisa y escucharon su voz, haciendo como él mandaba. En cuanto al niño, crecía como un ser inmortal.

301-320 Cuando terminaron de construir y se retiraron de su fatiga, se fue cada uno a su casa. Pero Deméter de cabellos de oro se sentó allí, apartada de todos los dioses bienaventurados, y permaneció, consumiéndose de añoranza por su hija de profundo pecho.

301-320.2 Entonces causó a la humanidad un año terribilísimo y cruel sobre la tierra que todo lo nutre: el suelo no hacía brotar la semilla, pues Deméter de rica corona la tenía escondida. En los campos los bueyes tiraban en vano de muchos arados curvos, y mucha cebada blanca fue echada a la tierra sin provecho.

301-320.3 Así habría destruido a toda la raza humana con hambre cruel y habría privado a los que habitan el Olimpo de su glorioso derecho a dones y sacrificios, si Zeus no lo hubiera advertido y notado en su corazón. Primero envió a Iris de alas de oro a llamar a Deméter de hermosos cabellos, hermosa de forma. Así lo ordenó.

301-320.4 Y ella obedeció al Hijo de Crono de oscuras nubes y corrió con pies veloces a través del espacio intermedio. Llegó a la fortaleza de la fragante Eleusis, y allí, encontrando a Deméter de oscuro manto en su templo, le habló y le dijo palabras aladas:

321-323 «Deméter, el padre Zeus, cuya sabiduría es eterna, te llama a venir a unirte a las tribus de los dioses eternos: ven, pues, y no dejes sin obedecer el mensaje que traigo de Zeus.»

324-333 Así dijo Iris, suplicándole. Pero el corazón de Deméter no se conmovió. Entonces el padre envió además a todos los demás dioses bienaventurados y eternos; y ellos vinieron, uno tras otro, y no dejaban de llamarla y de ofrecerle muchos dones hermosísimos y cualquier derecho que le agradara elegir entre los dioses inmortales.

324-333.2 Pero nadie fue capaz de persuadir su mente y su voluntad, tan irritada estaba en su corazón; sino que rechazaba obstinadamente todas sus palabras: pues juró que nunca pondría el pie en el fragante Olimpo ni dejaría brotar el fruto de la tierra hasta que viera con sus ojos a su propia hija de hermoso rostro.

334-346 Cuando Zeus que todo lo ve, el que truena fuerte, oyó esto, envió al Érebo al Matador de Argos, cuya vara es de oro, para que, tras ganarse a Hades con palabras suaves, sacara a la casta Perséfone de la tiniebla brumosa a

la luz para reunirse con los dioses, y para que su madre la viera con sus ojos y cesara en su cólera.

334-346.2 Y Hermes obedeció y, dejando la casa del Olimpo, al punto se lanzó deprisa a los lugares ocultos de la tierra. Y encontró al señor Hades en su casa, sentado en un lecho, y con él a su tímida esposa, muy reacia, porque añoraba a su madre. Pero esta estaba lejos, rumiando su terrible designio por los actos de los dioses bienaventurados. Y el fuerte Matador de Argos se acercó y dijo:

347-356 «Hades de oscuros cabellos, señor de los difuntos, el padre Zeus me manda sacar a la noble Perséfone del Érebo para llevarla ante los dioses, para que su madre la vea con sus ojos y cese en su terrible cólera contra los inmortales; pues ahora planea una acción terrible: destruir las débiles tribus de los hombres nacidos de la tierra manteniendo la semilla escondida bajo la tierra, y así pone fin a los honores de los dioses inmortales. Pues guarda una cólera temible y no trata con los dioses, sino que está sentada aparte en su fragante templo, habitando en la rocosa fortaleza de Eleusis.»

357-359 Así dijo. Y Aidoneo, señor de los muertos, sonrió sombríamente y obedeció la orden del rey Zeus. Pues al punto exhortó a la sabia Perséfone, diciendo:

360-369 «Ve ahora, Perséfone, junto a tu madre de oscuro manto, ve, y ten en tu corazón buenos sentimientos hacia mí: no estés tan extremadamente abatida; pues no seré para ti un esposo inadecuado entre los dioses inmortales, yo que soy hermano del propio padre Zeus. Y mientras estés aquí, reinarás sobre todo lo que vive y se mueve y tendrás los mayores derechos en-

tre los dioses inmortales: los que te defrauden y no aplaquen tu poder con ofrendas, celebrando ritos con reverencia y pagando los dones debidos, serán castigados para siempre.»

370-383 Cuando dijo esto, la sabia Perséfone se llenó de alegría y se levantó deprisa de contento. Pero él, por su parte, le dio en secreto una dulce semilla de granada para que la comiera, cuidando para sí de que ella no se quedara continuamente con la grave Deméter de oscuro manto.

370-383.2 Entonces Aidoneo, el Señor de Muchos, preparó abiertamente sus caballos inmortales bajo el carro de oro. Y ella subió al carro, y el fuerte Matador de Argos tomó las riendas y el látigo en sus queridas manos y salió del salón, corriendo los caballos de buen grado.

370-383.3 Rápidamente recorrieron su largo camino, y ni el mar, ni las aguas de los ríos, ni los valles herbosos, ni las cumbres de los montes detuvieron la carrera de los caballos inmortales, sino que hendían el aire profundo por encima de ellos mientras avanzaban. Y Hermes los llevó al lugar donde se hallaba Deméter de rica corona y los detuvo delante de su fragante templo.

384-404 Y cuando Deméter los vio, se lanzó como una Ménade que baja por un monte de espesos bosques, mientras Perséfone, del otro lado, al ver los dulces ojos de su madre, dejó el carro y los caballos y saltó para correr hacia ella, y, echándose a su cuello, la abrazó.

384-404.2 Pero mientras Deméter aún tenía en brazos a su querida hija, su corazón presintió súbitamente alguna trampa, de modo que temió mucho y dejó de acariciar a su hija y le preguntó enseguida: «Hija mía, dime, ¿no habrás probado ningún alimento mientras estabas abajo? Habla abiertamente y no ocultes nada, sino que ambas lo sepamos.

384-404.3 Pues, si no lo has probado, volverás del odioso Hades y vivirás conmigo y con tu padre, el Hijo de Crono de oscuras nubes, y serás honrada por todos los dioses inmortales; pero si has probado alimento, tendrás que volver de nuevo bajo los lugares secretos de la tierra, para habitar allí la tercera parte de las estaciones cada año; pero las otras dos partes estarás conmigo y con los demás dioses inmortales. Y cuando la tierra florezca con las fragantes flores de la primavera de toda clase, entonces desde el reino de la oscuridad y la tiniebla subirás una vez más, para ser una maravilla para los dioses y los hombres mortales.

384-404.4 Y ahora dime cómo te arrebató al reino de la oscuridad y la tiniebla, y con qué engaño te sedujo el fuerte Acogedor de Muchos.»

405-433 Entonces la hermosa Perséfone le respondió así: «Madre, te lo contaré todo sin error. Cuando Hermes, que trae la buena suerte, llegó, veloz mensajero de mi padre, el Hijo de Crono, y de los demás Hijos del Cielo, ordenándome volver del Érebo para que me vieras con tus ojos y así cesaras en tu cólera y en tu temible ira contra los dioses, me levanté al punto de alegría; pero él me puso en secreto en la boca un dulce alimento, una semilla de granada, y me obligó a probarla contra mi voluntad.

405-433.2 También te contaré cómo me arrebató por el profundo designio de mi padre, el Hijo de Crono, y me llevó bajo las profundidades de la tierra, y te relataré todo el asunto como me pides.

405-433.3 Todas jugábamos en un prado encantador, Leucipe y Faeno y Electra e Iante, Melita también e Íaque, con Rodea y Calírroe y Melóbosis y Tique y Ocírroe, hermosa como una flor, Criseida, Yanira, Acasta y Admete y Ródope y Pluto y la graciosa Calipso; también estaba allí Estigia, y Urania, y la encantadora Galaxaura, con Palas, que despierta las batallas, y

Artemisa, que se complace en las flechas: jugábamos y recogíamos dulces flores con las manos, suaves azafranes mezclados con lirios y jacintos, y rosas y azucenas, maravillosas de ver, y el narciso que la ancha tierra hizo crecer amarillo como un azafrán.

405-433.4 Ese lo arranqué en mi alegría; pero la tierra se abrió debajo, y de allí el fuerte señor, el Acogedor de Muchos, saltó y en su carro de oro me llevó, del todo contra mi voluntad, bajo la tierra; entonces grité con un grito agudo. Todo esto es verdad, por mucho que me duela contar la historia.»

434-437 Así ellas, con los corazones unidos, se alegraron mucho la una a la otra el alma y el espíritu con muchos abrazos; su corazón halló alivio de sus penas mientras cada una recibía y devolvía alegría.

438-440 Entonces Hécate de brillante tocado se acercó a ellas, y muchas veces abrazó a la hija de la santa Deméter; y desde entonces la señora Hécate fue ministra y compañera de Perséfone.

441-459 Y Zeus que todo lo ve les envió una mensajera, Rea de hermosos cabellos, para traer a Deméter de oscuro manto a reunirse con las familias de los dioses; y prometió darle el derecho que eligiera entre los dioses inmortales y consintió en que su hija bajara durante la tercera parte del año que gira a la oscuridad y la tiniebla, pero las otras dos partes viviera con su madre y los demás dioses inmortales.

441-459.2 Así lo ordenó. Y la diosa no desobedeció el mensaje de Zeus; deprisa bajó corriendo de las cumbres del Olimpo y llegó a la llanura de Rario, en otro tiempo rica y fértil tierra de trigo, pero entonces en modo alguno fecunda, pues yacía ociosa y del todo sin hojas, porque el blanco grano estaba escondido por designio de Deméter de finos tobillos.

441-459.3 Pero después, al avanzar la primavera, pronto ondearía con largas espigas de trigo, y sus ricos surcos estarían cargados de grano sobre el suelo, mientras otros ya estarían atados en gavillas. Allí se posó primero, viniendo del aire estéril de lo alto; y contentas se pusieron las diosas al verse, y confortadas en su corazón. Entonces Rea de brillante tocado dijo a Deméter:

460-469 «Ven, hija mía; pues Zeus que ve a lo lejos, el que truena fuerte, te llama a reunirte con las familias de los dioses, y ha prometido darte los derechos que te plazcan entre los dioses inmortales, y ha consentido en que durante la tercera parte del año que gira tu hija baje a la oscuridad y la tiniebla, pero las otras dos partes esté contigo y con los demás dioses inmortales: así ha declarado que será, e inclinó la cabeza en señal. Pero ven, hija mía, obedece, y no te enojes demasiado, implacablemente, con el Hijo de Crono de oscuras nubes; antes bien, haz crecer enseguida para los hombres el fruto que les da la vida.»

470-482 Así habló Rea. Y Deméter de rica corona no se negó, sino que al punto hizo brotar el fruto de las tierras ricas, de modo que toda la ancha tierra se cargó de hojas y flores.

470-482.2 Entonces fue, y a los reyes que imparten justicia, Triptólemo y Diocles, conductor de caballos, y al valeroso Eumolpo y a Céleo, caudillo del pueblo, les mostró la celebración de sus ritos y les enseñó todos sus misterios, a Triptólemo y a Polixeno y también a Diocles —misterios terribles que nadie puede en modo alguno transgredir, ni indagar, ni proferir, pues un profundo temor de los dioses detiene la voz—.

470-482.3 Dichoso aquel entre los hombres sobre la tierra que ha visto estos misterios; pero el que no está iniciado y no tiene parte en ellos nunca tiene suerte de bienes semejantes una vez muerto, allá abajo, en la oscuridad y la

tiniebla.

483-489 Pero cuando la brillante diosa les hubo enseñado todo, fueron al Olimpo, a la reunión de los demás dioses. Y allí habitan junto a Zeus, que se complace en el trueno, diosas terribles y venerables. Bienaventurado aquel entre los hombres sobre la tierra a quien ellas aman de buen grado: pronto envían a Pluto como huésped a su gran casa, Pluto, que da riqueza a los hombres mortales.

490-495 Y ahora, reina de la tierra de la dulce Eleusis y de Paros rodeada por el mar y de la rocosa Antrón, señora, dadora de buenos dones, que traes las estaciones, reina Deo, sé propicia, tú y tu hija, la hermosísima Perséfone, y por mi canto concédeme un sustento que alegre el corazón. Y ahora me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 3

✦

1-18 Me acordaré y no me olvidaré de Apolo, que hiere de lejos. Cuando pasa por la casa de Zeus, los dioses tiemblan ante él, y todos se levantan de sus asientos cuando se acerca, al tensar su arco reluciente.

1-18.2 Pero solo Leto permanece al lado de Zeus, que se complace en el trueno; y entonces ella afloja la cuerda de su arco, y cierra su aljaba, y le quita con sus manos las armas de arquero de sus fuertes hombros y las cuelga de un clavo de oro, contra una columna de la casa de su padre.

1-18.3 Luego lo conduce a un asiento y lo hace sentarse; y el Padre le da néctar en una copa de oro, acogiendo a su querido hijo, mientras los demás dioses lo hacen sentarse allí, y la augusta Leto se alegra porque dio a luz un hijo poderoso y arquero.

1-18.4 Alégrate, bienaventurada Leto, pues diste a luz hijos gloriosos, el señor Apolo y Artemisa, que se complace en las flechas; a ella en Ortigia, y a él en la rocosa Delos, cuando reposabas contra la gran mole de la colina del Cinto, junto a una palmera, cerca de las corrientes del Inopo.

19-29 ¿Cómo, pues, te cantaré a ti, que de todas las maneras eres tema digno de canto? Pues en todas partes, oh Febo, te ha tocado todo el ámbito del canto, tanto sobre el continente que cría novillas como sobre las islas.

19-29.2 Todas las cumbres de los montes y los altos promontorios de las elevadas colinas, y los ríos que fluyen hacia el mar profundo, y las playas que descienden hacia el mar, y los puertos del mar son tu deleite. ¿Cantaré cómo al principio Leto te dio a luz para ser la alegría de los hombres, reposando contra el monte Cinto en aquella isla rocosa, en Delos rodeada por el

mar —mientras a cada lado una ola oscura rodaba hacia tierra impulsada por vientos agudos—, desde donde, levantándote, reinas sobre todos los hombres mortales?

30-50 Entre los que están en Creta, y en el pueblo de Atenas, y en la isla de Egina y en Eubea, famosa por sus naves, en Egas y Eiresias y Pepareto, junto al mar, en el Atos tracio y en las altas cumbres del Pelión, y en la Samos tracia y en las sombrías colinas del Ida, en Esciros y Focea y en la alta colina de Autócane, y en la bien situada Imbros y en la humeante Lemnos y en la rica Lesbos, morada de Mácar, hijo de Eolo, y en Quíos, la más brillante de todas las islas que yacen en el mar, y en el escarpado Mimante y en las cumbres del Córico y en la resplandeciente Claros y en la empinada colina de Esagea y en la bien regada Samos y en las escarpadas alturas de Mícale, en Mileto y en Cos, ciudad de los hombres méropes, y en la empinada Cnido y en la ventosa Cárpatos, en Naxos y Paros y en la rocosa Renea —tan lejos vagó Leto con los dolores de parto del dios que hiere de lejos, para ver si alguna tierra quería hacer una morada para su hijo—. Pero ellas temblaban y temían mucho, y ninguna, ni siquiera la más rica de ellas, se atrevió a recibir a Febo, hasta que la augusta Leto puso el pie en Delos y le dijo palabras aladas y le preguntó:

51-61 «Delos, si quisieras ser la morada de mi hijo Febo Apolo y hacerle un rico templo...; pues ninguna otra te tocará, como verás; y creo que nunca serás rica en bueyes y ovejas, ni darás vendimia, ni producirás plantas en abundancia. Pero si tienes el templo de Apolo que hiere de lejos, todos los hombres te traerán hecatombes y se reunirán aquí, y el aroma incesante de ricos sacrificios se elevará siempre, y alimentarás a los que habitan en ti de mano de extranjeros; pues en verdad tu propio suelo no es rico.»

62-82 Así habló Leto. Y Delos se alegró, y respondió y dijo: «Leto, gloriosísima hija del gran Ceo, con alegría recibiría a tu hijo, el señor que hiere de lejos; pues es demasiado cierto que tengo mala fama entre los hombres, mientras que así llegaría a ser muy grandemente honrada. Pero temo esta palabra, y no te la ocultaré, Leto. Dicen que Apolo será muy altivo y dominará grandemente entre los dioses y los hombres por toda la tierra fértil.

62-82.2 Por eso temo mucho, en el corazón y en el espíritu, que en cuanto vea la luz del sol desprecie esta isla —pues en verdad solo tengo un suelo duro y rocoso— y me vuelque y me hunda con sus pies en las profundidades del mar; entonces el gran océano bañará hondo sobre mi cabeza para siempre, y él irá a otra tierra que le agrade, para hacer allí su templo y sus bosques sagrados. Así, las criaturas del mar de muchos pies harán en mí sus guaridas y las focas negras sus moradas sin ser molestadas, porque me falta gente.

62-82.3 Pero si te atreves a jurar un gran juramento, diosa, de que aquí primero construirá un templo glorioso para que sea oráculo para los hombres, que después haga templos y bosques sagrados entre todos los hombres; pues sin duda será muy renombrado.»

83-88 Así dijo Delos. Y Leto juró el gran juramento de los dioses: «Oíd ahora esto, Tierra y ancho Cielo de arriba, y agua que gotea de la Estigia (este es el juramento más fuerte y más terrible para los dioses bienaventurados): ciertamente Febo tendrá aquí su fragante altar y su recinto, y a ti te honrará por encima de todas.»

89-101 Cuando Leto hubo jurado y terminado su juramento, Delos se alegró mucho del nacimiento del señor que hiere de lejos. Pero Leto fue atormentada nueve días y nueve noches con dolores fuera de lo común.

89-101.2 Y estaban con ella todas las principales diosas, Dione y Rea e Icnea y Temis y Anfitrite de fuertes gemidos, y las demás diosas inmortales, excepto Hera de blancos brazos, que estaba sentada en las salas de Zeus que amontona las nubes.

89-101.3 Solo Ilitía, diosa de los dolores del parto, no se había enterado de la aflicción de Leto, pues estaba sentada en la cima del Olimpo, bajo nubes de oro, por artimaña de Hera de blancos brazos, que la retenía por envidia, porque Leto de hermosas trenzas iba a dar a luz pronto un hijo intachable y fuerte.

102-114 Pero las diosas enviaron a Iris desde la isla bien situada para traer a Ilitía, prometiéndole un gran collar ensartado con hilos de oro, de nueve codos de largo. Y mandaron a Iris que la llamara aparte, lejos de Hera de blancos brazos, no fuera que esta después la disuadiera de venir con sus palabras.

102-114.2 Cuando la veloz Iris, rápida de pies como el viento, hubo oído todo esto, se puso a correr; y, recorriendo deprisa toda la distancia, llegó a la morada de los dioses, el escarpado Olimpo, y al punto llamó a Ilitía desde el salón a la puerta y le dijo palabras aladas, contándole todo como le habían mandado las diosas que habitan el Olimpo.

102-114.3 Así conmovió el corazón de Ilitía en su querido pecho; y siguieron su camino, como tímidas palomas silvestres en su andar.

115-122 Y en cuanto Ilitía, la diosa de los dolores del parto, puso el pie en Delos, los dolores del alumbramiento se apoderaron de Leto, y ansiaba dar a luz; así echó los brazos en torno a una palmera y se arrodilló sobre el suave prado, mientras la tierra reía de alegría debajo. Entonces el niño saltó

a la luz, y todas las diosas te lavaron pura y limpiamente con agua dulce, y te envolvieron en una blanca vestidura de fino tejido, recién tejida, y sujetaron en torno a ti una banda de oro.

123-130 Leto no dio el pecho a Apolo, portador de la espada de oro; sino que Temis, como era debido, vertió néctar y ambrosía con sus manos divinas; y Leto se alegró porque había dado a luz un hijo fuerte y arquero. Pero en cuanto probaste aquel divino alimento celestial, oh Febo, ya no podías ser retenido por cordones de oro ni sujeto con bandas, sino que todos sus extremos se desataron. Al punto Febo Apolo habló entre las diosas inmortales:

131-132 «La lira y el arco curvo me serán siempre queridos, y declararé a los hombres la infalible voluntad de Zeus.»

133-139 Así dijo Febo, el dios de largos cabellos que hiere de lejos, y comenzó a caminar sobre la tierra de anchos caminos; y todas las diosas se asombraron de él. Entonces toda Delos se cubrió de oro, contemplando al hijo de Zeus y de Leto, de alegría porque el dios la eligió por encima de las islas y de la costa para hacer en ella su morada; y ella lo amó aún más en su corazón, y floreció como la cima de un monte con flores silvestres.

140-164 Y tú, oh señor Apolo, dios del arco de plata, que hieres de lejos, unas veces caminabas por el escarpado Cinto, y otras andabas errante por la isla y por los pueblos que había en ella.

140-164.2 Muchos son tus templos y bosques sagrados, y todas las cumbres y altos riscos de los elevados montes y los ríos que fluyen hacia el mar te son queridos, Febo; pero es en Delos donde más deleitas tu corazón; pues

allí los jonios de largas túnicas se reúnen en tu honor con sus hijos y sus tímidas esposas: acordándose de ti, te deleitan con el pugilato, la danza y el canto, cada vez que celebran su reunión.

140-164.3 Un hombre diría que eran inmortales y libres de vejez si se encontrara entonces con los jonios así reunidos. Pues vería la gracia de todos ellos y se alegraría en su corazón contemplando a los hombres y a las mujeres de hermosa cintura, con sus naves veloces y sus grandes riquezas.

140-164.4 Y hay además esta gran maravilla —y su fama nunca perecerá—: las muchachas de Delos, siervas del Que hiere de lejos; pues, cuando han alabado primero a Apolo, y también a Leto y a Artemisa, que se complace en las flechas, cantan un canto que habla de hombres y mujeres de tiempos pasados, y encantan a las tribus de los hombres.

140-164.5 También saben imitar las lenguas de todos los hombres y su habla ruidosa: cada uno diría que él mismo estaba cantando, tan cerca de la verdad está su dulce canto.

165-178 Y ahora, que Apolo sea propicio, y Artemisa; y adiós a todas vosotras, doncellas. Acordaos de mí en el tiempo venidero, siempre que alguno de los hombres sobre la tierra, un forastero que ha visto y sufrido mucho, venga aquí y os pregunte: «¿Quién creéis, muchachas, que es el cantor más dulce que viene aquí, y con quién más os deleitáis?»

165-178.2 Entonces responded, todas y cada una, a una sola voz: «Es un hombre ciego, y habita en la rocosa Quíos: sus cantos son por siempre los supremos.» En cuanto a mí, llevaré vuestra fama tan lejos como vague por la tierra, a las bien situadas... esto es verdad. Y nunca cesaré de alabar a Apolo que hiere de lejos, dios del arco de plata, a quien dio a luz Leto de hermosos cabellos. A APOLO PITIO —

179-181 Oh Señor, tuya es Licia, y la encantadora Meonia, y Mileto, graciosa ciudad junto al mar; pero sobre Delos, rodeada por las olas, reinas grandemente tú mismo.

182-206 El gloriosísimo hijo de Leto va a la rocosa Pito, tocando su lira hueca, vestido con divinas y perfumadas vestiduras; y al toque de la llave de oro su lira canta dulcemente.

182-206.2 De allí, rápido como el pensamiento, se lanza de la tierra al Olimpo, a la casa de Zeus, para unirse a la reunión de los demás dioses: entonces al punto los dioses inmortales solo piensan en la lira y en el canto, y todas las Musas juntas, respondiendo dulcemente una voz a otra, celebran los dones sin fin de que gozan los dioses y los sufrimientos de los hombres, todo lo que soportan a manos de los dioses inmortales, y cómo viven sin juicio y sin recursos y no pueden hallar remedio contra la muerte ni defensa contra la vejez.

182-206.3 Mientras tanto, las Gracias de ricas trenzas y las alegres Estaciones danzan con Harmonía y Hebe y Afrodita, hija de Zeus, cogiéndose unas a otras por la muñeca. Y entre ellas canta una, ni fea ni menuda, sino alta de ver y de aspecto envidiable, Artemisa, que se complace en las flechas, hermana de Apolo.

182-206.4 Entre ellas juegan Ares y el Matador de Argos de aguda mirada, mientras Apolo toca su lira, dando pasos altos y gráciles, y un resplandor brilla en torno a él, el centelleo de sus pies y de su túnica de apretado tejido. Y ellos, Leto de trenzas de oro y el sabio Zeus, se alegran en sus grandes corazones al ver a su querido hijo jugando entre los dioses inmortales.

207-228 ¿Cómo, pues, te cantaré —aunque de todas las maneras eres tema digno de canto—? ¿Te cantaré como pretendiente y en los campos del amor, cómo fuiste a cortejar a la hija de Azán junto con el divino Isquis, hijo de Élato de buenos caballos, o con Forbante, nacido de Tríopas, o con Ereuteo, o con Leucipo y la esposa de Leucipo... [...] ...tú a pie, él con su carro, y no obstante no se quedó atrás de Tríopas? ¿O cantaré cómo al principio recorriste la tierra buscando un lugar de oráculo para los hombres, oh Apolo que hieres de lejos?

207-228.2 Primero bajaste del Olimpo a Pieria y pasaste por el arenoso Lecto y por los enienes y por la tierra de los perrebos. Pronto llegaste a Yolco y pusiste el pie en el Ceneo, en Eubea, famosa por sus naves: te detuviste en la llanura de Lelanto, pero no agradó a tu corazón hacer allí un templo y bosques sagrados.

207-228.3 De allí cruzaste el Euripo, Apolo que hieres de lejos, y subiste las verdes colinas sagradas, prosiguiendo hacia Micaleso y Teumeso, de herbosos lechos, y así llegaste a la morada boscosa de Tebas; pues aún ningún hombre vivía en la sagrada Tebas, ni había todavía sendas ni caminos por la llanura triguera de Tebas.

229-238 Y más lejos aún fuiste, oh Apolo que hieres de lejos, y llegaste a Onquesto, el luminoso bosque de Poseidón: allí el potro recién domado, fatigado de tirar del carro bien hecho, recobra el ánimo, y el hábil auriga salta de su carro y sigue su camino.

229-238.2 Entonces los caballos por un tiempo hacen traquetear el carro vacío, libres de guía; y si rompen el carro en el bosque frondoso, los hombres cuidan de los caballos, pero inclinan el carro y lo dejan allí; pues este fue el

rito desde el principio. Y los aurigas rezan al señor del santuario; pero el carro le toca en suerte al dios.

239-243 Más lejos aún fuiste, oh Apolo que hieres de lejos, y llegaste después a la dulce corriente del Cefiso, que vierte su agua de dulce fluir desde Lilea, y, cruzándola, oh tú que obras de lejos, pasaste por Ocalea de muchas torres y llegaste al herboso Haliarto.

244-253 Entonces fuiste hacia Telfusa; y allí el lugar ameno te pareció apropiado para hacer un templo y un bosque sagrado. Llegaste muy cerca y le hablaste: «Telfusa, aquí tengo intención de hacer un templo glorioso, un oráculo para los hombres, y aquí traerán siempre hecatombes perfectas, tanto los que viven en el rico Peloponeso como los de Europa y de todas las islas bañadas por las olas, viniendo a buscar oráculos. Y les daré a todos un consejo que no puede fallar, respondiendo en mi rico templo.»

254-276 Así dijo Febo Apolo, y trazó todos los cimientos de punta a punta, anchos y muy largos. Pero cuando Telfusa vio esto, se irritó en su corazón y habló diciendo: «Señor Febo, que obras de lejos, diré una palabra de consejo a tu corazón, ya que tienes intención de hacer aquí un templo glorioso para que sea oráculo para los hombres, que te traerán siempre aquí hecatombes perfectas; pero hablaré abiertamente, y guarda tú mis palabras en tu corazón.

254-276.2 El pisoteo de los caballos veloces y el ruido de las mulas que beben en mis fuentes sagradas te molestarán siempre, y los hombres preferirán contemplar los carros bien hechos y los caballos de pies veloces que golpean el suelo antes que tu gran templo y los muchos tesoros que hay dentro. Pero si te dejas persuadir por mí —pues tú, señor, eres más fuerte y

más poderoso que yo, y tu fuerza es muy grande—, construye en Crisa, al pie de los claros del Parnaso: allí ningún carro reluciente hará estrépito, y no habrá ruido de caballos de pies veloces cerca de tu altar bien construido.

254-276.3 Y así las gloriosas tribus de los hombres te traerán dones como a Iepeón ("Salve, Sanador"), y recibirás con deleite ricos sacrificios de los pueblos que habitan alrededor.» Así dijo Telfusa, para que solo ella, y no el Que hiere de lejos, tuviera fama allí; y persuadió al Que hiere de lejos.

277-286 Más lejos aún fuiste, Apolo que hieres de lejos, hasta que llegaste a la ciudad de los presuntuosos flegias, que habitan en esta tierra en un claro encantador cerca del lago del Cefiso, sin cuidarse de Zeus.

277-286.2 Y de allí fuiste corriendo deprisa hacia la cresta del monte, y llegaste a Crisa, al pie del nevado Parnaso, una estribación vuelta hacia el poniente: un risco pende sobre ella desde lo alto, y un claro hueco y escarpado corre por debajo. Allí el señor Febo Apolo resolvió hacer su encantador templo, y así dijo:

287-293 «En este lugar tengo intención de construir un templo glorioso para que sea oráculo para los hombres, y aquí traerán siempre hecatombes perfectas, tanto los que habitan el rico Peloponeso como los hombres de Europa y de todas las islas bañadas por las olas, viniendo a consultarme. Y les daré a todos un consejo que no puede fallar, respondiéndoles en mi rico templo.»

294-299 Dicho esto, Febo Apolo trazó todos los cimientos de punta a punta, anchos y muy largos; y sobre ellos los hijos de Ergino, Trofonio y Agamedes, queridos de los dioses inmortales, asentaron una base de piedra. Y las innumerables tribus de los hombres construyeron todo el templo con piedras labradas, para que fuera cantado por siempre.

300-310 Pero cerca había una fuente de dulce fluir, y allí, con su fuerte arco, el señor, hijo de Zeus, mató a la gran dragona hinchada, monstruo feroz que solía causar gran daño a los hombres sobre la tierra, a los hombres mismos y a sus ovejas de finas patas; pues era una plaga muy sangrienta.

300-310.2 Fue ella quien en otro tiempo recibió de Hera del trono de oro y crio al funesto y cruel Tifón, para que fuera una plaga para los hombres. Una vez Hera lo dio a luz porque estaba irritada con el padre Zeus, cuando el Hijo de Crono dio a luz a la gloriosísima Atenea en su cabeza. Entonces la augusta Hera se irritó y habló así entre los dioses reunidos:

311-330 «Oíd de mí, todos los dioses y diosas, cómo Zeus que amontona las nubes comienza a deshonrarme sin motivo, después de haberme hecho su esposa de leal corazón. Ved ahora: lejos de mí ha dado a luz a Atenea de ojos brillantes, que es la primera entre todos los dioses bienaventurados. Pero mi hijo Hefesto, al que yo di a luz, era débil entre todos los dioses bienaventurados y de pie contrahecho, una vergüenza y deshonra para mí en el cielo, y yo misma lo tomé en mis manos y lo arrojé, de modo que cayó en el gran mar.

311-330.2 Pero Tetis de pies de plata, hija de Nereo, lo recogió y cuidó de él con sus hermanas: ¡ojalá hubiera prestado otro servicio a los dioses bienaventurados! ¡Oh malvado y astuto! ¿Qué otra cosa tramarás ahora? ¿Cómo te atreviste a dar a luz tú solo a Atenea de ojos brillantes? ¿No te habría dado yo un hijo, yo, que al menos era llamada tu esposa entre los dioses inmortales que habitan el ancho cielo? Guárdate ahora de que no trame contra ti algún mal en adelante: sí, ahora haré que me nazca un hijo

que sea el primero entre los dioses inmortales —y eso sin echar vergüenza sobre el santo vínculo del matrimonio entre tú y yo—. Y no iré a tu lecho, sino que trataré con los dioses bienaventurados lejos de ti.»

331-333 Dicho esto, se apartó de los dioses, muy irritada. Entonces al punto la augusta Hera de grandes ojos rezó, golpeando el suelo con la palma de la mano y hablando así:

334-362 «Oíd ahora, os lo ruego, Tierra y ancho Cielo de arriba, y vosotros, dioses Titanes que habitáis bajo la tierra en torno al gran Tártaro, y de quienes proceden tanto los dioses como los hombres! Escuchadme ahora, todos y cada uno, y concededme que dé a luz un hijo lejos de Zeus, en nada inferior a él en fuerza; más aún, que sea tanto más fuerte que Zeus como Zeus que todo lo ve lo es más que Crono.»

334-362.2 Así clamó y golpeó la tierra con su fuerte mano. Entonces la tierra dadora de vida se movió; y cuando Hera lo vio, se alegró en su corazón, pues pensó que su plegaria se cumpliría.

334-362.3 Y desde entonces nunca fue al lecho del sabio Zeus durante un año entero, ni se sentó en su silla labrada, como antes, para idear para él sabios consejos, sino que se quedó en sus templos, donde muchos rezan, y se deleitó con sus ofrendas, la augusta Hera de grandes ojos.

334-362.4 Pero cuando se cumplieron los meses y los días y llegaron debidamente las estaciones mientras la tierra giraba, dio a luz a uno que no era semejante ni a los dioses ni a los hombres mortales, el funesto y cruel Tifón, para que fuera una plaga para los hombres.

334-362.5 Al punto la augusta Hera de grandes ojos lo tomó y, llevando un mal a otro semejante, se lo dio a la dragona; y ella lo recibió. Y este Tifón solía causar gran daño entre las famosas tribus de los hombres. A quien se

encontraba con la dragona, el día del destino se lo llevaba, hasta que el señor Apolo, que da la muerte de lejos, le disparó una fuerte flecha.

334-362.6 Entonces ella, desgarrada por amargos dolores, yacía jadeando con grandes bocanadas y revolcándose por aquel lugar. Un ruido terrible e indecible se alzó mientras se retorcía continuamente de un lado a otro en medio del bosque; y así dejó la vida, exhalándola en sangre. Entonces Febo Apolo se jactó sobre ella:

363-369 «¡Púdrete ahora aquí sobre el suelo que alimenta al hombre! Tú al menos no vivirás más para ser funesta ruina para los hombres que comen el fruto de la tierra que todo lo nutre, y que traerán aquí hecatombes perfectas. Contra la muerte cruel no te valdrá ni Tifeo ni la Quimera de mala fama, sino que aquí la Tierra y el brillante Hiperión te harán pudrir.»

370-374 Así dijo Febo, exultando sobre ella; y la oscuridad le cubrió los ojos. Y la santa fuerza de Helio la hizo pudrirse allí; por eso el lugar se llama ahora Pito, y los hombres llaman al señor Apolo con otro nombre, Pitio; porque en aquel lugar el poder del penetrante Helio hizo pudrirse al monstruo.

375-378 Entonces Febo Apolo vio que la fuente de dulce fluir lo había engañado, y partió irritado contra Telfusa; y llegando pronto ante ella, se detuvo muy cerca y le habló:

379-381 «Telfusa, no ibas a guardar para ti, después de todo, este lugar encantador engañando mi mente, y verter tu agua de claro fluir: aquí estará también mi fama, y no solo la tuya.»

382-387 Así habló el señor, Apolo que obra de lejos, y derribó sobre ella un risco con una lluvia de rocas, ocultando sus corrientes; y se hizo un altar en un bosque frondoso muy cerca de la corriente de claro fluir. En aquel lugar todos los hombres rezan al grande con el nombre de Telfusio, porque humilló la corriente de la sagrada Telfusa.

388-439 Entonces Febo Apolo meditó en su corazón qué hombres traería para que fueran sus ministros en los sacrificios y lo sirvieran en la rocosa Pito. Y mientras lo consideraba, advirtió una nave veloz sobre el mar color de vino, en la que había muchos hombres, y valerosos, cretenses de Cnosos, la ciudad de Minos, los que ofrecen sacrificios al príncipe y anuncian sus decretos, todo lo que Febo Apolo, portador de la espada de oro, dice en respuesta desde su laurel, al pie de los valles del Parnaso.

388-439.2 Estos hombres navegaban en su negra nave, por comercio y ganancia, hacia la arenosa Pilos y hacia los hombres de Pilos. Pero Febo Apolo les salió al encuentro: en alta mar saltó sobre su nave veloz, con forma de delfín, y se quedó allí, monstruo grande y sobrecogedor, y ninguno de ellos prestó atención como para comprender; sino que intentaban arrojar el delfín por la borda.

388-439.3 Pero él no dejaba de sacudir la negra nave por todos lados y hacía temblar el maderamen. Así permanecían sentados en silencio en su embarcación, de miedo, y no soltaron las escotas por toda la negra y cóncava nave, ni arriaron la vela de su barco de proa oscura, sino que, como la habían izado al principio con cuerdas de cuero de buey, así siguieron navegando; pues un impetuoso viento del sur empujaba la nave veloz por detrás.

388-439.4 Primero pasaron por Malea, y luego, a lo largo de la costa de Laconia, llegaron a Ténaro, ciudad coronada por el mar y tierra de Helio, que alegra a los hombres, donde las ovejas de espeso vellón del señor Helio pacen continuamente y ocupan una tierra alegre.

388-439.5 Allí quisieron atracar la nave, desembarcar y comprender el gran prodigio, y ver con sus ojos si el monstruo se quedaría en la cubierta de la cóncava nave o saltaría de nuevo al salado abismo donde se juntan los peces.

388-439.6 Pero la nave bien construida no obedecía al timón, sino que seguía su camino a lo largo de todo el Peloponeso; y el señor, Apolo que obra de lejos, la guiaba fácilmente con el soplo de la brisa.

388-439.7 Así la nave siguió su curso y llegó a Arena y a la encantadora Argifea y a Trío, el vado del Alfeo, y a la bien situada Epi y a la arenosa Pilos y a los hombres de Pilos; pasó por Crunos y Calcis, y por Dime y la hermosa Élide, donde reinan los epeos.

388-439.8 Y cuando se dirigía a Feras, exultando en la brisa de Zeus, se les apareció bajo las nubes el escarpado monte de Ítaca, y Duliquio, y Same, y la boscosa Zacinto. Pero cuando hubieron pasado toda la costa del Peloponeso, entonces, hacia Crisa, empezó a aparecer a la vista aquel vasto golfo que en toda su longitud separa la rica isla de Pélope.

388-439.9 Vino sobre ellos un fuerte y claro viento del oeste, por disposición de Zeus, y sopló del cielo con vehemencia, para que con toda prisa la nave terminara de recorrer el agua salada del mar.

388-439.10 Así comenzaron de nuevo a navegar de vuelta hacia la aurora y el sol; y el señor Apolo, hijo de Zeus, los guio hasta que llegaron a Crisa, visible de lejos, tierra de viñas, y entraron en el puerto; allí la nave que surca el mar encalló en la arena.

440-451 Entonces, como una estrella a mediodía, el señor, Apolo que obra de lejos, saltó de la nave: destellos de fuego volaban de él, espesos, y su brillo llegaba al cielo.

440-451.2 Entró en su santuario entre trípodes de valor incalculable, y allí hizo brotar una llama brillante, mostrando el esplendor de sus flechas, de modo que su resplandor llenó toda Crisa, y las esposas y las hijas de hermosa cintura de los criseos alzaron un grito ante aquel estallido de Febo; pues infundió gran miedo a todos ellos.

440-451.3 Desde su santuario saltó de nuevo, rápido como el pensamiento, para volver a la nave, con la forma de un hombre ágil y robusto, en la flor de su juventud, mientras sus anchos hombros estaban cubiertos por sus cabellos; y habló a los cretenses, diciéndoles palabras aladas:

452-461 «Forasteros, ¿quiénes sois? ¿De dónde venís navegando por los caminos del mar? ¿Venís por comercio, o vagáis al azar por el mar como hacen los piratas, que ponen en peligro su propia vida y llevan el daño a los hombres de tierras extrañas mientras vagan? ¿Por qué estáis así quietos y tenéis miedo, y no bajáis a tierra ni guardáis los aparejos de vuestra negra nave? Pues esa es la costumbre de los hombres que viven de pan, siempre que llegan a tierra en sus oscuras naves desde alta mar, agotados de fatiga: al punto el deseo de dulce alimento se apodera de su corazón.»

462-473 Hablando así, infundió valor en sus corazones, y el jefe de los cretenses le respondió y dijo: «Forastero —aunque en nada te pareces a los hombres mortales en forma ni en estatura, sino que eres como los dioses inmortales—, salud y toda felicidad para ti, y que los dioses te den el bien. Dime ahora con verdad, para que lo sepa con certeza: ¿qué país es este, y qué tierra, y qué hombres viven aquí?

462-473.2 En cuanto a nosotros, con el pensamiento puesto en otra parte, navegábamos por el gran mar hacia Pilos desde Creta (pues de allí declaramos que procedemos), pero ahora hemos llegado en nuestra nave a este lugar en modo alguno por nuestra voluntad —por otro camino y otras rutas —, y con gusto volveríamos. Pero uno de los dioses inmortales nos trajo aquí contra nuestra voluntad.»

474-501 Entonces Apolo que obra de lejos les respondió y dijo: «Forasteros que en otro tiempo habitabais en torno a la boscosa Cnosos, pero que ya no volveréis cada uno a su amada ciudad y hermosa casa y querida esposa: aquí guardaréis mi rico templo, que es honrado por muchos hombres. Yo soy el hijo de Zeus; Apolo es mi nombre; y a vosotros os traje aquí sobre el ancho golfo del mar sin intención de haceros daño; antes bien, aquí guardaréis mi rico templo, que es grandemente honrado entre los hombres, y conoceréis los designios de los dioses inmortales, y por su voluntad seréis honrados continuamente por todo el tiempo.

474-501.2 Y ahora venid, apresuraos y haced lo que os digo. Primero soltad las escotas y arriad la vela, y luego subid la nave veloz a tierra. Sacad vuestros bienes y los aparejos de la nave derecha, y haced un altar en la playa del mar: encended fuego sobre él y haced una ofrenda de blanca harina. Después, poneos uno al lado de otro alrededor del altar y rezad; y, ya que al principio, en el mar brumoso, salté sobre la nave veloz con forma de delfín, rezadme como a Apolo Delfinio; también el propio altar se llamará Delfinio y dominará la vista por siempre.

474-501.3 Luego cenad junto a vuestra oscura nave y haced una libación a los dioses bienaventurados que habitan el Olimpo. Pero cuando hayáis saciado el deseo de dulce alimento, venid conmigo cantando el himno Ie

Peán (¡Salve, Sanador!), hasta que lleguéis al lugar donde guardaréis mi rico templo.»

502-523 Así dijo Apolo. Y ellos lo escucharon de buen grado y le obedecieron. Primero soltaron las escotas y arriaron la vela y bajaron el mástil con los estayes de proa hasta su soporte. Luego, desembarcando en la playa del mar, sacaron la nave del agua a tierra seca y le pusieron debajo largos puntales.

502-523.2 También hicieron un altar en la playa del mar y, después de encender un fuego, hicieron una ofrenda de blanca harina y rezaron de pie alrededor del altar, como Apolo les había mandado. Luego tomaron su comida junto a la nave veloz y negra, e hicieron una libación a los dioses bienaventurados que habitan el Olimpo.

502-523.3 Y cuando hubieron saciado el deseo de bebida y comida, se pusieron en marcha con el señor Apolo, hijo de Zeus, que los guiaba, sosteniendo una lira en las manos y tocando dulcemente mientras daba pasos altos y gráciles.

502-523.4 Así los cretenses lo siguieron hasta Pito, marchando al compás mientras entonaban el Ie Peán, a la manera de los cantores de peanes de Creta y de aquellos en cuyo corazón la Musa celestial ha puesto el canto de dulce voz. Con pies incansables se acercaron a la cresta y al punto llegaron al Parnaso y al lugar encantador donde habían de habitar honrados por muchos hombres. Allí Apolo los llevó y les mostró su santuario santísimo y su rico templo.

524-525 Pero su espíritu se agitó en sus queridos pechos, y el jefe de los cretenses le preguntó diciendo:

526-530 «Señor, ya que nos has traído aquí lejos de nuestros seres queridos y de nuestra patria —pues así le pareció bien a tu corazón—, dinos ahora cómo hemos de vivir. Eso quisiéramos saber de ti. Esta tierra no es deseable ni para viñedos ni para pastos, de modo que podamos vivir bien en ella y servir también a los hombres.»

531-544 Entonces Apolo, hijo de Zeus, les sonrió y dijo: «¡Mortales necios y pobres esforzados sois, que buscáis cuidados y duras fatigas y apuros! Fácilmente os diré una palabra y la pondré en vuestros corazones. Aunque cada uno de vosotros, cuchillo en mano, sacrificara ovejas continuamente, siempre tendríais abundante provisión, todo lo que las gloriosas tribus de los hombres traen aquí para mí. Pero guardad mi templo y recibid a las tribus de los hombres que se reúnen en este lugar, y sobre todo mostrad a los hombres mortales mi voluntad, y guardad la justicia en vuestro corazón.

531-544.2 Pero si alguno es desobediente y no hace caso de mi advertencia, o si hay alguna palabra u obra vana y ultraje, como es común entre los hombres mortales, entonces otros hombres serán vuestros amos y con mano fuerte os someterán para siempre. Todo os ha sido dicho: guardadlo en vuestro corazón.»

545-546 Y así, adiós, hijo de Zeus y de Leto; pero yo me acordaré de ti y también de otro himno.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 4

✦

1-29 Musa, canta a Hermes, hijo de Zeus y de Maya, señor del Cilene y de la Arcadia rica en rebaños, el mensajero de los inmortales que trae la buena suerte, a quien dio a luz Maya, la ninfa de ricas trenzas, cuando se unió en amor con Zeus —diosa tímida, pues evitaba la compañía de los dioses bienaventurados y vivía dentro de una cueva honda y sombría—.

1-29.2 Allí el hijo de Crono solía acostarse con la ninfa de ricas trenzas, sin ser visto por los dioses inmortales ni por los hombres mortales, en lo más profundo de la noche, mientras el dulce sueño retenía a Hera de blancos brazos. Y cuando el designio del gran Zeus quedó fijado en el cielo, ella dio a luz, y sucedió algo notable.

1-29.3 Pues entonces dio a luz un hijo de muchos recursos, de astucia lisonjera, ladrón, cuatrero, portador de sueños, vigía nocturno, ladrón en las puertas, que pronto había de mostrar hazañas maravillosas entre los dioses inmortales.

1-29.4 Nacido al alba, a mediodía tocaba la lira, y al atardecer robó el ganado de Apolo que hiere de lejos, el cuarto día del mes; pues ese día lo dio a luz la augusta Maya. En cuanto saltó del vientre celestial de su madre, no se quedó mucho tiempo esperando en su cuna sagrada, sino que se levantó y fue a buscar los bueyes de Apolo.

1-29.5 Pero al cruzar el umbral de la cueva de alto techo, encontró allí una tortuga y obtuvo un deleite sin fin. Pues fue Hermes quien primero hizo de la tortuga una cantora. La criatura se cruzó en su camino en la puerta

del patio, donde pacía la rica hierba delante de la morada, andando a trompicones. Cuando la vio, el hijo de Zeus que trae la buena suerte se rio y dijo:

30-38 «¡Un presagio de gran suerte para mí, y tan pronto! No lo desprecio. ¡Salud, compañera del banquete, hermosa de forma, que suenas en la danza! ¡Con alegría te encuentro! ¿De dónde sacaste ese rico adorno para cubrirte, esa concha moteada, tortuga que vives en los montes? Pero te tomaré y te llevaré adentro: me ayudarás y no te haré deshonra, aunque antes que nada tienes que serme útil. Mejor es estar en casa: el daño puede venir de fuera. Viva, serás un hechizo contra la brujería dañina; pero si mueres, entonces harás el más dulce canto.

39-61 Hablando así, levantó la tortuga con ambas manos y volvió a la casa llevando su encantador juguete. Entonces le cortó los miembros y vació la médula de la tortuga del monte con un raspador de hierro gris.

39-61.2 Como un pensamiento rápido atraviesa el corazón de un hombre cuando lo acosan numerosos cuidados, o como brillantes miradas centellean de los ojos, así el glorioso Hermes ideó a la vez el pensamiento y la obra.

39-61.3 Cortó tallos de caña a la medida y los fijó, sujetando sus extremos a través del lomo y del caparazón de la tortuga, y luego tendió cuero de buey sobre toda ella con su habilidad. También le puso los brazos y ajustó un travesaño sobre ambos, y tendió siete cuerdas de tripa de oveja.

39-61.4 Pero cuando la hubo hecho, probó cada cuerda por turno con la llave, sosteniendo la encantadora cosa. Al toque de su mano sonó maravillosamente; y, mientras la probaba, el dios cantó dulces fragmentos al azar, como los jóvenes se lanzan pullas en las fiestas.

39-61.5 Cantó a Zeus, hijo de Crono, y a Maya de hermosas sandalias, la conversación que habían tenido antes en la intimidad del amor, contando toda la gloriosa historia de su propio nacimiento. Celebró también a las siervas de la ninfa, y su brillante morada, y los trípodes por toda la casa, y los abundantes calderos.

62-67 Pero mientras cantaba todo esto, su corazón estaba puesto en otros asuntos. Y tomó la lira hueca y la dejó en su cuna sagrada, y saltó de la fragante sala a un puesto de vigía, meditando pura trapacería en su corazón —hazañas como las que la gente bribona persigue en la noche oscura—; pues ansiaba probar carne.

68-86 El Sol bajaba bajo la tierra hacia Océano con sus caballos y su carro cuando Hermes llegó apresurado a los montes sombríos de Pieria, donde el ganado divino de los dioses bienaventurados tenía sus establos y pacía en los agradables prados sin segar.

68-86.2 De ellos, el Hijo de Maya, el Matador de Argos de aguda mirada, separó entonces del rebaño cincuenta vacas de fuerte mugido y las condujo en desorden a través de un lugar arenoso, desviando las huellas de sus pezuñas.

68-86.3 También pensó en una astuta artimaña e invirtió las marcas de sus pezuñas, poniendo las delanteras detrás y las traseras delante, mientras él mismo caminaba en sentido contrario.

68-86.4 Luego tejió sandalias de mimbre junto a la arena del mar, cosas maravillosas, nunca pensadas ni imaginadas; pues mezcló ramas de tamarisco y de mirto, atando juntas una brazada de su madera fresca y tierna, y se las ató, con hojas y todo, firmemente bajo los pies como sandalias ligeras.

68-86.5 La broza la arrancó el glorioso Matador de Argos en Pieria mientras se preparaba para su viaje, ingeniándoselas como quien se apresura para un largo viaje.

87-89 Pero un anciano que cultivaba su viña en flor lo vio cuando bajaba apresurado por la llanura a través del herboso Onquesto. Así el Hijo de Maya empezó y le dijo:

90-93 «Anciano, que cavas alrededor de tus viñas con los hombros encorvados, sin duda tendrás mucho vino cuando todas estas den fruto, si me obedeces y recuerdas estrictamente no haber visto lo que has visto, y no haber oído lo que has oído, y callar, ya que nada de lo tuyo ha sufrido daño.»

94-114 Dicho esto, apresuró juntos a los fuertes bueyes: por muchos montes sombríos y desfiladeros resonantes y llanuras floridas los condujo el glorioso Hermes. Y ya la noche divina, su oscura aliada, había pasado en su mayor parte, y la aurora que pone a la gente a trabajar llegaba deprisa, mientras la brillante Selene, hija del señor Palante, hijo de Megamedes, acababa de subir a su atalaya, cuando el fuerte Hijo de Zeus condujo los bueyes de ancha frente de Febo Apolo hasta el río Alfeo.

94-114.2 Y llegaron incansables a los establos de alto techo y a los abrevaderos que había delante del noble prado. Entonces, después de haber alimentado bien con forraje a los bueyes de fuerte mugido y de haberlos llevado al establo, apretados y masticando loto, empezó a buscar el arte del fuego.

94-114.3 Escogió una fuerte rama de laurel y la recortó con el cuchillo... [...] ...sostuvo firmemente en la mano; y el humo caliente se elevó. Pues fue Hermes quien primero inventó los palos para hacer fuego y el fuego.

94-114.4 Después tomó muchos palos secos y los amontonó, espesos y abundantes, en una zanja honda; y la llama comenzó a brillar, esparciendo a lo lejos el soplo del fuego que arde con fiereza.

115-137 Y mientras la fuerza del glorioso Hefesto empezaba a encender el fuego, arrastró cerca del fuego dos vacas cornudas que mugían; pues había en él gran fuerza. Las arrojó a ambas, jadeantes, de espaldas al suelo, y las hizo rodar de costado, doblándoles el cuello, y les perforó la médula vital.

115-137.2 Luego pasó de una tarea a otra: primero cortó la carne rica y grasa, y la atravesó con asadores de madera, y asó la carne y el honroso lomo y el estómago lleno de sangre oscura, todo junto. Los dejó allí en el suelo y extendió las pieles sobre una roca áspera; y así siguen allí muchas edades después, mucho, mucho tiempo después de todo esto, y continuamente.

115-137.3 Después, Hermes de alegre corazón arrastró las ricas carnes que había preparado y las puso sobre una piedra lisa y plana, y las dividió en doce porciones repartidas a suerte, haciendo cada porción del todo honrosa.

115-137.4 Entonces el glorioso Hermes deseó la carne del sacrificio, pues el dulce aroma lo atormentaba, aun siendo dios; no obstante, su altivo corazón no se dejó vencer para devorar la carne, aunque mucho lo deseaba. Sino que guardó la grasa y toda la carne en el establo de alto techo, poniéndolas en lo alto como señal de su robo juvenil.

115-137.5 Y después de eso reunió palos secos y destruyó por completo con fuego todas las pezuñas y todas las cabezas.

138-154 Y cuando el dios hubo terminado todo debidamente, arrojó sus sandalias al Alfeo de profundos remolinos, y apagó las brasas, cubriendo de arena las negras cenizas, y así pasó la noche mientras brillaba la suave luz

de Selene.

138-154.2 Entonces el dios volvió directamente al alba a las brillantes cumbres del Cilene, y nadie se lo encontró en el largo viaje, ni de los dioses bienaventurados ni de los hombres mortales, ni ladró perro alguno.

138-154.3 Y Hermes que trae la buena suerte, hijo de Zeus, pasó de lado por el ojo de la cerradura de la sala como la brisa de otoño, como la niebla: atravesó derecho la cueva y llegó a la rica cámara interior, andando con sigilo y sin hacer ruido, como se haría en el suelo.

138-154.4 Entonces el glorioso Hermes fue deprisa a su cuna, envolviéndose los hombros con los pañales como si fuera un niño débil, y se quedó tendido jugando con la manta en torno a sus rodillas; pero junto a su mano izquierda mantenía bien cerca su dulce lira.

155-161 Pero el dios no pasó inadvertido a la diosa su madre; sino que ella le dijo: «¿Y bien, bribón? ¿De dónde vuelves así de noche, tú que vistes la desvergüenza como un vestido? Y ahora creo de veras que el hijo de Leto pronto te sacará de casa con cuerdas irrompibles en torno a las costillas, o vivirás vida de bribón en los valles robando de vez en cuando. Anda, pues; tu padre te engendró para ser una gran preocupación para los hombres mortales y los dioses inmortales.»

162-181 Entonces Hermes le respondió con palabras astutas: «Madre, ¿por qué intentas asustarme como a un niño débil cuyo corazón conoce pocas palabras de reproche, un niño miedoso que teme la regañina de su madre? No; sino que intentaré el plan que sea mejor, y así me alimentaré a mí y a ti continuamente. No nos contentaremos con quedarnos aquí, como dices, solos entre todos los dioses, sin recibir ofrendas ni plegarias.

162-181.2 Mejor es vivir continuamente en compañía de los dioses inmortales, ricos, opulentos y disfrutando de provisiones de grano, que estar siempre sentados en una cueva sombría; y, en cuanto al honor, también yo entraré en el rito que tiene Apolo. Si mi padre no me lo da, procuraré —y soy capaz— ser un príncipe de ladrones. Y si el gloriosísimo hijo de Leto me busca, creo que le sobrevendrá otra pérdida, y mayor. Pues iré a Pito a forzar su gran casa, y saquearé de allí espléndidos trípodes, y calderos, y oro, y abundante hierro reluciente, y mucha ropa; y tú lo verás si quieres.»

182-189 Con tales palabras conversaban el hijo de Zeus que porta la égida y la señora Maya. La Aurora, que nace temprano, se alzaba del Océano de profundas corrientes, trayendo luz a los hombres, cuando Apolo, en su camino, llegó a Onquesto, el encantador bosque y lugar sagrado del Sostenedor de la Tierra de fuerte bramido. Allí encontró a un anciano que apacentaba su bestia a lo largo del sendero, junto a la cerca de su patio, y el gloriosísimo Hijo de Leto empezó y le dijo:

190-200 «Anciano, escardador del herboso Onquesto, he venido aquí desde Pieria buscando ganado, vacas todas ellas, todas de cuernos curvos, de mi rebaño. El toro negro pacía solo, apartado de las demás, pero perros de mirada feroz seguían a las vacas, cuatro de ellos, todos de un mismo sentir, como hombres. Estos se quedaron atrás, los perros y el toro —lo cual es gran maravilla—; pero las vacas se descarriaron del suave prado, lejos del pasto, cuando el sol acababa de ponerse. Dime ahora esto, anciano nacido hace mucho tiempo: ¿has visto a alguien pasar detrás de esas vacas?»

201-211 Entonces el anciano le respondió y dijo: «Hijo mío, es difícil contar todo lo que ven los ojos; pues muchos caminantes pasan de aquí para allá por este camino, unos decididos a mucho mal, y otros al bien: es difícil co-

nocer a cada uno. No obstante, estuve cavando alrededor de mi parcela de viña todo el día hasta que se puso el sol, y me pareció, buen señor, aunque no lo sé con certeza, que vi a un niño, fuera quien fuera el niño, que seguía a un ganado de largos cuernos —un niño de pecho que llevaba un bastón y caminaba de un lado a otro—: los conducía hacia atrás, con las cabezas vueltas hacia él.»

212-218 Así dijo el anciano. Y cuando Apolo oyó este relato, siguió su camino aún más deprisa, y al poco, viendo un ave de largas alas, supo al punto por ese augurio que el ladrón era el hijo de Zeus, hijo de Crono. Así el señor Apolo, hijo de Zeus, se apresuró hacia la hermosa Pilos buscando sus bueyes de paso tardo, y tenía los anchos hombros cubiertos por una nube oscura. Pero cuando el Que hiere de lejos advirtió las huellas, exclamó:

219-226 «¡Oh, oh! ¡En verdad es un gran prodigio este que contemplan mis ojos! Estas son de veras las huellas de bueyes de cuernos rectos, pero están vueltas hacia atrás, hacia el prado florido. Pero estas otras no son pisadas de hombre ni de mujer, ni de lobos grises, ni de osos, ni de leones, ni creo que sean las huellas de un Centauro de hirsuta crin —sea quien sea el que con pies veloces hace tan monstruosas pisadas—; maravillosas son las huellas de este lado del camino, pero aún más maravillosas las de aquel.»

227-234 Dicho esto, el señor Apolo, Hijo de Zeus, se apresuró y llegó al monte del Cilene, cubierto de bosques, y a la cueva de profunda sombra en la roca donde la ninfa divina dio a luz al hijo de Zeus, que es hijo de Crono. Un dulce aroma se extendía sobre la encantadora colina, y muchas ovejas de finas patas pacían en la hierba. Entonces el propio Apolo que hiere de lejos bajó deprisa por el umbral de piedra a la oscura cueva.

235-253 Cuando el Hijo de Zeus y de Maya vio a Apolo enfurecido por su ganado, se acurrucó en sus fragantes pañales; y como la ceniza de la leña cubre las brasas profundas de los tocones, así Hermes se encogió cuando vio al Que hiere de lejos.

235-253.2 Apretó la cabeza, las manos y los pies en un espacio pequeño, como un niño recién nacido que busca el dulce sueño, aunque en verdad estaba bien despierto, y mantenía la lira bajo el brazo. Pero el Hijo de Leto se dio cuenta y no dejó de advertir a la hermosa ninfa del monte y a su querido hijo, aunque fuera un niño pequeño y envuelto tan astutamente.

235-253.3 Escudriñó cada rincón de la gran morada y, tomando una llave reluciente, abrió tres armarios llenos de néctar y de encantadora ambrosía. Y mucho oro y plata había guardado en ellos, y muchas vestiduras de la ninfa, unas de púrpura y otras de un blanco plateado, como las que se guardan en las casas sagradas de los dioses bienaventurados.

235-253.4 Entonces, después de que el Hijo de Leto hubo registrado los rincones de la gran casa, habló al glorioso Hermes:

254-259 «Niño, que yaces en la cuna, apresúrate y dime de mi ganado, o pronto los dos reñiremos con ira. Pues te tomaré y te arrojaré al polvoriento Tártaro y a la terrible oscuridad sin esperanza, y ni tu madre ni tu padre te liberarán ni te devolverán a la luz, sino que vagarás bajo la tierra y serás el jefe entre la gente menuda.»

260-277 Entonces Hermes le respondió con palabras astutas: «Hijo de Leto, ¿qué duras palabras son esas que has dicho? ¿Y es ganado del campo lo que has venido a buscar aquí? No lo he visto; no he oído hablar de él; nadie me ha hablado de él. No puedo dar noticia de él, ni ganar la recompensa por la noticia. ¿Me parezco yo a un cuatrero, a un tipo robusto? Esta no es tarea

para mí; más bien me ocupo de otras cosas: me ocupo del sueño, y de la leche del pecho de mi madre, y de pañales en torno a los hombros, y de baños calientes.

260-277.2 Que nadie oiga la causa de esta disputa; pues sería en verdad un gran prodigio entre los dioses inmortales que un niño recién nacido entrara por la parte delantera de la casa con ganado del campo: en esto hablas de modo extravagante. Nací ayer, y mis pies son tiernos y el suelo de debajo es áspero; no obstante, si así lo quieres, juraré un gran juramento por la cabeza de mi padre y prometo que ni yo mismo soy culpable, ni he visto a ningún otro que robara tus vacas —sean lo que sean las vacas; pues solo las conozco de oídas—.»

278-280 Así, pues, dijo Hermes, lanzando rápidas miradas con los ojos; y no dejaba de alzar las cejas y de mirar de aquí para allá, silbando largamente y escuchando la historia de Apolo como un cuento vano.

281-292 Pero Apolo que obra de lejos se rio suavemente y le dijo: «Oh bribón, embaucador, astuto de corazón, hablas con tanta inocencia que creo con toda certeza que has forzado muchas casas bien construidas y has dejado desnudo a más de un pobre desdichado esta noche, reuniendo sus bienes por toda la casa sin hacer ruido. Atormentarás a muchos pastores solitarios en los claros de los montes, cuando des con vacadas y ovejas de espeso vellón y tengas antojo de carne. Pero ven ahora, si no quieres dormir tu último y postrero sueño, sal de tu cuna, compañero de la noche oscura.

281-292.2 Sin duda en adelante este será tu título entre los dioses inmortales: ser llamado continuamente el príncipe de los ladrones.»

293-300 Así dijo Febo Apolo, y tomó al niño y comenzó a llevárselo. Pero en ese momento el fuerte Matador de Argos tuvo su plan y, mientras Apolo lo sostenía en sus manos, soltó un augurio, un siervo del vientre trabajador, un mensajero grosero, y estornudó justo después. Y cuando Apolo lo oyó, dejó caer de sus manos al glorioso Hermes al suelo; luego, sentándose delante de él, aunque estaba ansioso por seguir su camino, habló a Hermes en son de burla:

301-303 «No temas, pequeño niño de pañales, hijo de Zeus y de Maya. Pronto encontraré los fuertes bueyes por estos augurios, y tú me mostrarás el camino.»

304-306 Cuando Apolo hubo dicho esto, Hermes Cilenio se levantó rápidamente, poniéndose en marcha deprisa. Con ambas manos se subió hasta las orejas la manta con que se había envuelto los hombros, y dijo:

307-312 «¿Adónde me llevas, Que obras de lejos, el más impetuoso de todos los dioses? ¿Es por tu ganado por lo que estás tan irritado y me acosas? ¡Ay, ojalá pereciera toda la raza de los bueyes!; pues no fui yo quien robó tus vacas, ni vi a otro robarlas —sean lo que sean las vacas, y de eso solo he oído hablar—. No; da y recibe justicia ante Zeus, el Hijo de Crono.»

313-326 Así Hermes, el pastor, y el glorioso hijo de Leto seguían disputando obstinadamente cada punto de su pleito: Apolo, hablando con verdad... [...] ...no con justicia intentaba prender al glorioso Hermes por las vacas; pero él, el Cilenio, intentaba engañar al Dios del Arco de Plata con trucos y palabras astutas.

313-326.2 Pero cuando, aunque tenía muchas astucias, vio que el otro tenía otros tantos recursos, comenzó a caminar por la arena, él delante, mientras el Hijo de Zeus y de Leto venía detrás. Pronto llegaron, estos encantadores hijos de Zeus, a la cima del fragante Olimpo, ante su padre, el Hijo de Crono; pues allí estaba dispuesta la balanza del juicio para ambos.

313-326.3 Había una asamblea en el nevado Olimpo, y los inmortales que no perecen se reunían después de la hora de la Aurora del trono de oro.

327-329 Entonces Hermes y Apolo del Arco de Plata se pusieron junto a las rodillas de Zeus; y Zeus, que truena en lo alto, habló a su glorioso hijo y le preguntó:

330-332 «Febo, ¿de dónde vienes trayendo este gran botín, un niño recién nacido que tiene aspecto de heraldo? Es un asunto de peso el que ha llegado ante el consejo de los dioses.»

333-364 Entonces el señor, Apolo que obra de lejos, le respondió: «Oh padre mío, pronto oirás una historia nada insignificante, aunque me reprochas que soy el único aficionado al botín. He aquí un niño, un ladrón que fuerza las casas, al que encontré tras un largo viaje en las colinas del Cilene: por mi parte, nunca he visto a nadie tan descarado ni entre los dioses ni entre todos los hombres que sorprenden a la gente desprevenida por el mundo entero. Robó mis vacas de su prado y se las llevó al atardecer a lo largo de la orilla del mar de fuerte bramido, yendo derecho a Pilos.

333-364.2 Había huellas dobles, y eran maravillosas, como para asombrarse, obra de un duende astuto; pues, en cuanto a las vacas, el polvo oscuro guardaba y mostraba sus pisadas que llevaban hacia el prado florido; pero él mismo —criatura desconcertante— cruzó el terreno arenoso fuera del sen-

dero, ni con los pies ni con las manos; sino que, provisto de algún otro medio, siguió su camino trabajosamente —¡maravilla de maravillas!— como si alguien caminara sobre robles delgados.

333-364.3 Mientras seguía al ganado por el terreno arenoso, todas las huellas se veían con toda claridad en el polvo; pero cuando hubo terminado el largo camino por la arena, enseguida no pudieron seguirse ni las huellas de las vacas ni las suyas sobre el suelo duro. Pero un hombre mortal lo vio cuando llevaba las vacas de ancha frente derecho hacia Pilos. Y en cuanto las hubo encerrado en silencio y vuelto a casa por astutas vueltas y revueltas, se acostó en su cuna, en la penumbra de una cueva oscura, quieto como la noche oscura, de modo que ni un águila de aguda mirada lo habría divisado.

333-364.4 Mucho se frotó los ojos con las manos mientras preparaba la mentira, y él mismo dijo al punto rotundamente: "No las he visto; no he oído hablar de ellas; ningún hombre me ha hablado de ellas. No podría darte noticia de ellas, ni ganar la recompensa por contarlo."»

365-367 Dicho esto, Febo Apolo se sentó. Pero Hermes, por su parte, respondió y dijo, señalando al Hijo de Crono, señor de todos los dioses:

368-386 «Zeus, padre mío, en verdad te diré la verdad; pues soy veraz y no sé mentir. Vino a nuestra casa hoy buscando sus vacas de paso tardo, cuando el sol acababa de salir. No trajo consigo testigos ni a ninguno de los dioses bienaventurados que hubiera visto el robo, sino que con gran violencia me mandó confesar, amenazando mucho con arrojarme al ancho Tártaro. Pues él tiene la rica flor de la gloriosa juventud, mientras que yo nací apenas ayer —como él también sabe—, ni me parezco a un cuatrero, a un tipo robusto.

368-386.2 Cree mi relato (pues pretendes ser mi propio padre): que no llevé sus vacas a mi casa —así prospere yo—, ni crucé el umbral: esto lo digo con verdad. Reverencio mucho a Helio y a los demás dioses, y a ti te quiero, y a él lo temo. Tú mismo sabes que no soy culpable; y juraré un gran juramento sobre ello: ¡no, por estos pórticos ricamente adornados de los dioses! Y algún día lo castigaré, por fuerte que sea, por este interrogatorio despiadado; pero ahora ayuda tú al más joven.»

387-396 Así habló el Cilenio, el Matador de Argos, mientras seguía lanzando miradas de reojo y mantenía los pañales sobre el brazo, sin arrojarlos. Pero Zeus se rio a carcajadas al ver a su hijo de malignos designios negar la culpa sobre el ganado tan bien y con tanta astucia.

387-396.2 Y mandó a ambos que tuvieran un mismo sentir y buscaran el ganado, y que Hermes, el guía, mostrara el camino y, sin malicia en el corazón, indicara el lugar donde ahora había escondido los fuertes bueyes. Entonces el Hijo de Crono inclinó la cabeza; y el buen Hermes le obedeció; pues la voluntad de Zeus que porta la égida prevalecía fácilmente sobre él.

397-404 Entonces los dos gloriosísimos hijos de Zeus se apresuraron ambos hacia la arenosa Pilos, y llegaron al vado del Alfeo, y alcanzaron los campos y el establo de alto techo donde se cuidaba a las bestias por la noche. Mientras Hermes iba a la cueva de la roca y empezaba a sacar los fuertes bueyes, el hijo de Leto, mirando a un lado, vio las pieles de vaca sobre la roca escarpada. Y preguntó al punto al glorioso Hermes:

405-408 «¿Cómo has podido, astuto bribón, desollar dos vacas, siendo recién nacido y criatura como eres? Por mi parte, temo la fuerza que tendrás: no hace falta que sigas creciendo mucho, Cilenio, hijo de Maya.»

409-413 Diciendo esto, Apolo retorció con sus manos fuertes mimbres con intención de atar a Hermes con lazos firmes; pero los lazos no lo sujetaban, y los mimbres de sauce cayeron lejos de él y comenzaron al punto a crecer del suelo bajo sus pies en aquel mismo lugar. Y entrelazándose unos con otros, crecieron deprisa y cubrieron todo el ganado errante por voluntad del ladino Hermes, de modo que Apolo quedó atónito al contemplarlo.

414-435 Entonces el fuerte Matador de Argos miró furtivamente al suelo con ojos que lanzaban fuego... deseando esconder... [...] ...Muy fácilmente ablandó al hijo de la gloriosísima Leto como quiso, por severo que fuera el Que hiere de lejos. Tomó la lira sobre su brazo izquierdo y probó cada cuerda por turno con la llave, de modo que sonó de manera sobrecogedora a su toque.

414-435.2 Y Febo Apolo se rio de alegría; pues la dulce vibración de la maravillosa música le llegó al corazón, y un suave anhelo se apoderó de su alma mientras escuchaba.

414-435.3 Entonces el hijo de Maya, tañendo dulcemente su lira, cobró ánimo y se colocó a la izquierda de Febo Apolo; y pronto, mientras tocaba agudamente su lira, alzó la voz y cantó, y encantador era el sonido de su voz que la acompañaba. Cantó la historia de los dioses inmortales y de la tierra oscura, cómo al principio llegaron a existir y cómo cada uno recibió su porción.

414-435.4 Primero entre los dioses honró en su canto a Mnemósine, madre de las Musas; pues el hijo de Maya era de su séquito. Y después el hermoso hijo de Zeus celebró a los demás inmortales según su orden de edad, y contó cómo nació cada uno, mencionándolos a todos por orden mientras tañía la lira sobre su brazo.

414-435.5 Pero Apolo fue presa de un anhelo que no podía calmarse, y abrió la boca y dijo a Hermes palabras aladas:

436-462 «Matador de bueyes, embaucador, atareado, compañero del banquete, este canto tuyo vale cincuenta vacas, y creo que pronto resolveremos nuestro pleito en paz. Pero ven ahora, dime esto, ingenioso hijo de Maya: ¿esta cosa maravillosa está contigo desde tu nacimiento, o te la dio algún dios u hombre mortal —noble regalo— y te enseñó el canto celestial? Pues maravilloso es este sonido recién proferido que oigo, cuyo igual juro que ningún hombre ni dios que habite el Olimpo ha conocido jamás, sino tú, oh ladino hijo de Maya. ¿Qué arte es esta? ¿Qué canto para las penas desesperadas? ¿Qué camino del canto?

436-462.2 Pues en verdad aquí hay tres cosas a mano a la vez entre las que elegir: alegría, y amor, y dulce sueño. Y aunque soy seguidor de las Musas olímpicas, que aman las danzas y el luminoso camino del canto —el canto de tono pleno y el arrebatador vibrar de las flautas—, nunca me importó ninguna de aquellas proezas de habilidad en las fiestas de los jóvenes como me importa ahora esto: estoy lleno de asombro, oh hijo de Zeus, por tu dulce tañer. Pero ahora, ya que tú, aunque pequeño, tienes tan gloriosa habilidad, siéntate, querido muchacho, y respeta las palabras de tus mayores.

436-462.3 Pues ahora tendrás renombre entre los dioses inmortales, tú y también tu madre. Esto te declararé con exactitud: por esta asta de madera de cornejo, sin duda haré de ti un guía renombrado entre los dioses inmortales, y afortunado, y te daré dones gloriosos y no te engañaré de principio a fin.»

463-495 Entonces Hermes le respondió con palabras hábiles: «Me interrogas con cuidado, oh Que obras de lejos; pero no tengo envidia de que entres en mi arte: hoy mismo la conocerás. Pues procuro ser amigo tuyo tanto en pensamiento como en palabra. Tú bien conoces todas las cosas en tu corazón, ya que te sientas el primero entre los dioses inmortales, oh hijo de Zeus, y eres hermoso y fuerte. Y el sabio Zeus te ama, como es de toda justicia, y te ha dado dones espléndidos. Y dicen que de boca de Zeus has aprendido tanto los honores debidos a los dioses, oh Que obras de lejos, como los oráculos de Zeus, todas sus disposiciones.

463-495.2 De todo esto ya he sabido yo mismo que tienes gran riqueza. Eres libre de aprender lo que te plazca; pero ya que, según parece, tu corazón está tan firmemente decidido a tocar la lira, canta y tócala, y entrégate a la alegría, tomándola como regalo mío; y tú, amigo mío, concédeme gloria. Canta bien con esta compañera de voz clara en tus manos; pues eres hábil en el habla buena y bien ordenada. De ahora en adelante llévala con confianza al rico banquete y a la danza encantadora y a la gloriosa fiesta, alegría de noche y de día.

463-495.3 A quien con ingenio y sabiduría la interroga con arte, ella le enseña con su sonido toda clase de cosas que deleitan la mente, pues se toca fácilmente con suaves familiaridades, ya que aborrece el trabajo penoso; pero a quien en su ignorancia la interroga con violencia, a ese le parlotea pura vanidad y necedad. Pero tú eres capaz de aprender lo que te plazca. Así, pues, te daré esta lira, glorioso hijo de Zeus, mientras yo, por mi parte, apacentaré con el ganado errante los pastos de la colina y de la llanura que cría caballos: así las vacas cubiertas por los toros parirán en abundancia machos y hembras. Y ahora no hay necesidad de que tú, regateador como eres, te enojes furiosamente.»

496-502 Cuando Hermes hubo dicho esto, le tendió la lira; y Febo Apolo la tomó, y de buen grado puso su reluciente látigo en la mano de Hermes, y lo instituyó guardián de los rebaños. El hijo de Maya lo recibió con alegría, mientras el glorioso hijo de Leto, el señor Apolo que obra de lejos, tomó la lira sobre su brazo izquierdo y probó cada cuerda con la llave. De manera sobrecogedora sonó al toque del dios, mientras él cantaba dulcemente a su son.

503-512 Después ambos, los gloriosísimos hijos de Zeus, hicieron volver las vacas hacia el prado sagrado, pero ellos mismos se apresuraron a regresar al nevado Olimpo, deleitándose con la lira. Entonces el sabio Zeus se alegró e hizo amigos a ambos.

503-512.2 Y Hermes amó al hijo de Leto continuamente, como todavía lo hace ahora, después de haber dado la lira como prenda al Que hiere de lejos, que la tocaba con habilidad, sosteniéndola sobre su brazo. Pero para sí mismo Hermes descubrió otro arte ingenioso y se hizo la siringa, cuyo sonido se oye de lejos.

513-520 Entonces el hijo de Leto dijo a Hermes: «Hijo de Maya, guía y astuto, temo que me robes la lira y a la vez mi arco curvo; pues tienes de Zeus el oficio de establecer los tratos de trueque entre los hombres por toda la tierra fértil. Si tan solo me juraras el gran juramento de los dioses, ya sea inclinando la cabeza, ya sea por la poderosa agua de la Estigia, harías todo lo que puede agradar y aliviar mi corazón.»

521-549 Entonces el hijo de Maya inclinó la cabeza y prometió que nunca robaría nada de todo lo que poseía el Que hiere de lejos, y que nunca se acercaría a su sólida casa; y Apolo, hijo de Leto, juró ser compañero y amigo de

Hermes, prometiendo que no amaría a ningún otro entre los inmortales, ni dios ni hombre nacido de Zeus, más que a Hermes; y el Padre envió un águila en confirmación.

521-549.2 Y Apolo juró también: «En verdad haré solo de ti un augurio para los inmortales y para todos por igual, digno de confianza y honrado por mi corazón. Además, te daré un espléndido bastón de riqueza y opulencia: es de oro, con tres ramas, y te guardará indemne, cumpliendo toda tarea, de palabras u obras buenas, que afirmo conocer por boca de Zeus. Pero en cuanto a la adivinación, noble hijo nacido del cielo, que pides, no te es lícito aprenderla, ni a ningún otro de los dioses inmortales: solo la mente de Zeus la conoce.

521-549.3 Estoy comprometido y he prometido y jurado un fuerte juramento de que ningún otro de los dioses eternos, salvo yo, conocería el sabio consejo de Zeus. Y tú, hermano mío, portador de la vara de oro, no me pidas que cuente los decretos que Zeus que todo lo ve tiene en mente. En cuanto a los hombres, a uno dañaré y a otro favoreceré, desconcertando mucho a las tribus de los hombres poco envidiables. Quien venga guiado por el canto y el vuelo de aves de augurio seguro, ese hombre tendrá provecho por mi voz, y no lo engañaré.

521-549.4 Pero quien confíe en aves que parlotean en vano y pretenda invocar mi arte profética contra mi voluntad, y entender más que los dioses eternos, declaro que hará un viaje inútil; aunque sus regalos sí los tomaría.

550-573 »Pero te diré otra cosa, Hijo de la gloriosísima Maya y de Zeus que porta la égida, genio de los dioses que trae la buena suerte. Hay ciertas santas, hermanas de nacimiento —tres vírgenes dotadas de alas—: sus cabezas están espolvoreadas de harina blanca, y habitan bajo una cresta del Parnaso.

550-573.2 Estas enseñan una adivinación aparte de mí, el arte que yo practicaba cuando aún era un muchacho que seguía los rebaños, aunque mi padre no le prestaba atención. Desde su morada vuelan ora aquí, ora allá, alimentándose de panales y haciendo que todo se cumpla.

550-573.3 Y cuando están inspiradas por haber comido la miel amarilla, están dispuestas a decir la verdad; pero si se les priva del dulce alimento de los dioses, entonces hablan con falsedad, mientras entran y salen juntas en enjambre.

550-573.4 Estas, pues, te las doy; interrógalas con rigor y deleita tu corazón; y si enseñas a algún mortal a hacer lo mismo, con frecuencia oirá tu respuesta —si tiene buena fortuna—. Toma estas cosas, Hijo de Maya, y cuida de los bueyes cornudos errantes, y de los caballos, y de las pacientes mulas.» (vv. 568a-573) Así habló.

550-573.5 Y desde el cielo el propio padre Zeus dio confirmación a sus palabras, y ordenó que el glorioso Hermes fuera señor de todas las aves de augurio, y de los leones de mirada siniestra, y de los jabalíes de relucientes colmillos, y de los perros y de todos los rebaños que nutre la ancha tierra, y de todas las ovejas; y también que solo él fuera el mensajero designado ante Hades, quien, aunque no recibe regalos, le dará un premio nada pequeño.

574-578 Así el señor Apolo mostró su bondad al Hijo de Maya con toda clase de amistad; y el Hijo de Crono le concedió además su gracia. Él trata con todos los mortales e inmortales: un poco favorece, pero continuamente, a lo largo de la noche oscura, embauca a las tribus de los hombres mortales.

579-580 Y así, adiós, Hijo de Zeus y de Maya; pero yo me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 5

✦

1-6 Musa, cuéntame las obras de la dorada Afrodita, la Cipria, que despierta la dulce pasión en los dioses y somete a las tribus de los hombres mortales y a las aves que vuelan por el aire y a todas las muchas criaturas que cría la tierra firme, y a todas las del mar: todos estos aman las obras de Citerea de rica corona.

7-32 No obstante, hay tres corazones que ella no puede doblegar ni atrapar. La primera es la hija de Zeus que porta la égida, Atenea de ojos brillantes; pues no halla placer en las obras de la dorada Afrodita, sino que se deleita en las guerras y en la obra de Ares, en las luchas y las batallas y en preparar famosas artes.

7-32.2 Ella fue la primera en enseñar a los artesanos de la tierra a hacer carros de guerra y carros labrados de diversas maneras en bronce, y también enseña a las tiernas doncellas en la casa y pone en la mente de cada una el conocimiento de hermosas artes.

7-32.3 Ni Afrodita, amiga de la risa, doma jamás en el amor a Artemisa, la cazadora de flechas de oro; pues ella ama el tiro con arco y la matanza de las fieras en los montes, y también la lira y la danza y los gritos vibrantes y los bosques sombríos y las ciudades de los hombres justos. Ni tampoco la pura doncella Hestia ama las obras de Afrodita.

7-32.4 Ella fue la primogénita del astuto Crono y también la menor, por voluntad de Zeus que porta la égida —una doncella augusta a quien tanto Poseidón como Apolo quisieron desposar—.

7-32.5 Pero ella no quiso en absoluto, sino que se negó obstinadamente; y, tocando la cabeza del padre Zeus que porta la égida, ella, aquella hermosa diosa, juró un gran juramento que en verdad se ha cumplido: que sería doncella todos sus días. Así Zeus Padre le dio un alto honor en lugar del matrimonio, y ella tiene su lugar en medio de la casa y recibe la porción más rica.

7-32.6 En todos los templos de los dioses tiene parte del honor, y entre todos los hombres mortales es la principal de las diosas.

33-44 De estas tres Afrodita no puede doblegar ni atrapar los corazones. Pero de todos los demás no hay nada, entre los dioses bienaventurados ni entre los hombres mortales, que haya escapado a Afrodita.

33-44.2 Hasta el corazón de Zeus, que se complace en el trueno, es extraviado por ella; aunque es el mayor de todos y tiene en suerte la más alta majestad, ella engaña incluso su sabio corazón siempre que le place, y lo une con mujeres mortales, sin que lo sepa Hera, su hermana y esposa, con mucho la más espléndida en belleza entre las diosas inmortales —gloriosísima es ella, a quien engendró el astuto Crono con su madre Rea; y Zeus, cuya sabiduría es eterna, la hizo su esposa casta y cuidadosa—.

45-52 Pero sobre la propia Afrodita lanzó Zeus el dulce deseo de unirse en amor con un hombre mortal, para que, muy pronto, ni siquiera ella estuviera libre del amor de un mortal; no fuera que Afrodita, amiga de la risa, un día sonriera suavemente y dijera burlona entre todos los dioses que había unido a los dioses en amor con mujeres mortales que daban hijos mortales a los dioses inmortales, y había unido a las diosas con hombres mortales.

53-74 Y así puso en su corazón un dulce deseo por Anquises, que en aquel tiempo apacentaba el ganado entre las escarpadas colinas del Ida de muchas fuentes, y era en su forma semejante a los dioses inmortales. Por eso, cuando Afrodita, amiga de la risa, lo vio, lo amó, y un terrible deseo se apoderó de su corazón.

53-74.2 Fue a Chipre, a Pafos, donde están su recinto y su fragante altar, y entró en su perfumado templo. Allí entró y cerró las puertas resplandecientes, y allí las Gracias la bañaron con aceite celestial como el que florece sobre los cuerpos de los dioses eternos —aceite divinamente dulce, que tenía consigo, lleno de fragancia—.

53-74.3 Y Afrodita, amiga de la risa, se vistió todas sus ricas ropas, y cuando se hubo adornado con oro, dejó la perfumada Chipre y fue deprisa hacia Troya, viajando velozmente en lo alto entre las nubes. Así llegó al Ida de muchas fuentes, madre de las fieras, y fue derecho a la majada a través de los montes.

53-74.4 Tras ella venían lobos grises, haciéndole fiestas, y leones de mirada siniestra, y osos, y veloces leopardos, ávidos de ciervos; y ella se alegró en su corazón al verlos, y puso deseo en sus pechos, de modo que todos se aparearon, de dos en dos, por los valles sombríos.

75-90 Pero ella misma llegó a los refugios bien construidos, y lo encontró dejado del todo solo en la majada —al héroe Anquises, que era hermoso como los dioses—. Todos los demás seguían a los rebaños por los pastos herbosos, y él, dejado del todo solo en la majada, andaba de aquí para allá tocando la lira de modo vibrante.

75-90.2 Y Afrodita, hija de Zeus, se puso delante de él, semejante a una doncella pura en estatura y aspecto, para que no se asustara al advertirla con sus ojos. Cuando Anquises la vio, la observó bien y se maravilló de su aspecto, de su estatura y de sus brillantes vestiduras.

75-90.3 Pues estaba vestida con un manto que superaba el brillo del fuego, un espléndido manto de oro, enriquecido con toda clase de bordados, que relucía como la luna sobre sus tiernos pechos, maravilla de ver. También llevaba broches retorcidos y brillantes pendientes en forma de flores; y en torno a su suave cuello había hermosos collares.

91-105 Y Anquises fue presa del amor, y le dijo: «¡Salud, señora, quienquiera que seas de las bienaventuradas que has venido a esta casa, ya seas Artemisa, o Leto, o la dorada Afrodita, o la noble Temis, o Atenea de ojos brillantes! O quizá eres una de las Gracias que ha venido aquí, que hacen compañía a los dioses y son llamadas inmortales, o bien una de aquellas que habitan este encantador monte y los manantiales de los ríos y los prados herbosos. Te haré un altar en una alta cumbre, en un lugar visible de lejos, y te sacrificaré ricas ofrendas en todas las estaciones.

91-105.2 Y tú, ten buenos sentimientos hacia mí y concédeme que llegue a ser un hombre muy eminente entre los troyanos, y dame una descendencia fuerte para el tiempo venidero. En cuanto a mí mismo, déjame vivir largo tiempo y felizmente, viendo la luz del sol, y llegar al umbral de la vejez, hombre próspero entre el pueblo.»

106-142 Entonces Afrodita, hija de Zeus, le respondió: «Anquises, el más glorioso de todos los hombres nacidos en la tierra, sabe que no soy diosa: ¿por qué me comparas con las inmortales? No; soy solo una mortal, y una mujer fue la madre que me dio a luz. Otreo, de nombre famoso, es mi pa-

dre, si es que has oído hablar de él, y reina sobre toda Frigia, rica en fortalezas. Pero conozco bien tu lengua además de la mía, pues una nodriza troyana me crio en casa: me tomó de mi querida madre y me crio desde entonces, cuando era una niña pequeña. Por eso, pues, conozco bien también tu lengua.

106-142.2 Y ahora el Matador de Argos, el de la vara de oro, me ha arrebatado de la danza de la cazadora Artemisa, la de las flechas de oro. Pues éramos muchas, ninfas y doncellas casaderas, jugando juntas; y una multitud innumerable nos rodeaba: de entre ellas el Matador de Argos, el de la vara de oro, me arrebató. Me llevó por muchos campos de hombres mortales y por mucha tierra sin cultivar y sin dueño, donde las fieras salvajes vagan por los valles sombríos, hasta que pensé que nunca más tocaría con mis pies la tierra dadora de vida. Y dijo que yo sería llamada esposa legítima de Anquises y te daría hermosos hijos.

106-142.3 Pero cuando me lo hubo dicho y aconsejado, él, el fuerte Matador de Argos, volvió con las familias de los dioses inmortales, mientras yo he venido ahora a ti: pues una necesidad inflexible pesa sobre mí. Pero te suplico por Zeus y por tus nobles padres —pues gente vil no podría engendrar un hijo como tú—: tómame ahora, inmaculada e inexperta en el amor, y muéstrame a tu padre y a tu cuidadosa madre y a tus hermanos nacidos del mismo linaje. No seré para ellos una hija desagradable, sino conveniente.

106-142.4 Además, envía pronto un mensajero a los frigios de veloces caballos, para que avise a mi padre y a mi afligida madre; y ellos te enviarán oro en abundancia y tejidos, muchos regalos espléndidos; recíbelos como dote. Haz así, y luego prepara la dulce boda, que es honrosa a los ojos de los hombres y de los dioses inmortales.»

143-144 Dicho esto, la diosa puso un dulce deseo en su corazón. Y Anquises fue presa del amor, de modo que abrió la boca y dijo:

145-154 «Si eres mortal y una mujer fue la madre que te dio a luz, y Otreo de nombre famoso es tu padre, como dices, y si has venido aquí por voluntad de Hermes, el Guía inmortal, y has de ser llamada siempre mi esposa, entonces ni dios ni hombre mortal me impedirá aquí acostarme contigo en amor ahora mismo; no, ni siquiera si el propio Apolo que hiere de lejos disparara dolorosos dardos de su arco de plata. De buen grado bajaría a la casa de Hades, oh señora, hermosa como las diosas, después de haber subido a tu lecho.»

155-167 Hablando así, la tomó de la mano. Y Afrodita, amiga de la risa, con el rostro vuelto y los hermosos ojos bajos, se deslizó hacia el lecho bien mullido, que ya estaba preparado con suaves cobertores para el héroe; y sobre él había pieles de osos y de leones de profundo rugido que él mismo había matado en los altos montes.

155-167.2 Y cuando hubieron subido al lecho bien ajustado, primero Anquises le quitó las brillantes joyas, los alfileres y los broches retorcidos y los pendientes y los collares, y le desató el ceñidor y le quitó las brillantes vestiduras y las dejó sobre un asiento tachonado de plata.

155-167.3 Entonces, por voluntad de los dioses y del destino, se acostó con ella, un hombre mortal con una diosa inmortal, sin saber claramente lo que hacía.

168-176 Pero a la hora en que los pastores llevan sus bueyes y sus recias ovejas de vuelta al redil desde los pastos floridos, entonces Afrodita derramó un suave sueño sobre Anquises, y ella misma se puso sus ricas vestiduras. Y cuando la brillante diosa se hubo vestido por completo, se puso junto al le-

cho, y su cabeza llegaba a la viga bien labrada del techo; de sus mejillas brillaba una belleza sobrenatural, como la que pertenece a Citerea de rica corona. Entonces lo despertó del sueño y abrió la boca y dijo:

177-179 «¡Arriba, hijo de Dárdano! —¿por qué duermes tan pesadamente? — y mira si parezco como cuando me viste por primera vez con tus ojos.»

180-184 Así habló. Y él despertó al instante y le obedeció. Pero cuando vio el cuello y los hermosos ojos de Afrodita, tuvo miedo y desvió los ojos hacia otro lado, ocultando su hermoso rostro con el manto. Entonces dijo palabras aladas y le suplicó:

185-190 «En cuanto te vi con mis ojos, diosa, supe que eras divina; pero no me dijiste la verdad. No obstante, por Zeus que porta la égida te suplico: no me dejes llevar una vida impedida entre los hombres, sino ten piedad de mí; pues quien se acuesta con una diosa inmortal no queda después como un hombre sano.»

191-201 Entonces Afrodita, hija de Zeus, le respondió: «Anquises, el más glorioso de los hombres mortales, cobra ánimo y no tengas demasiado miedo en tu corazón. No has de temer ningún daño de mí ni de los demás bienaventurados, pues eres querido de los dioses; y tendrás un querido hijo que reinará entre los troyanos, y los hijos de sus hijos después de él, brotando continuamente. Su nombre será Eneas, porque sentí un terrible dolor por haberme acostado en el lecho de un hombre mortal; no obstante, los de tu linaje son siempre, de todos los hombres mortales, los más semejantes a los dioses en belleza y en estatura.

202-217 »En verdad el sabio Zeus arrebató a Ganimedes de cabellos de oro por su belleza, para que estuviera entre los Inmortales y escanciara la bebida a los dioses en la casa de Zeus —maravilla de ver—, honrado por todos los inmortales mientras saca el rojo néctar de la crátera de oro.

202-217.2 Pero un dolor que no podía aliviarse llenó el corazón de Tros; pues no sabía adónde el torbellino enviado por el cielo había arrebatado a su querido hijo, de modo que lo lloraba siempre, sin cesar, hasta que Zeus se compadeció de él y le dio caballos de alto paso, como los que llevan a los inmortales, en compensación por su hijo. Estos se los dio como regalo.

202-217.3 Y por orden de Zeus el Guía, el Matador de Argos, se lo contó todo, y cómo su hijo sería inmortal y libre de vejez, igual que los dioses. Así, cuando Tros oyó estas noticias de Zeus, dejó de llorar y se alegró en su corazón y cabalgó gozoso con sus caballos de pies de tormenta.

218-238 »Así también Eos del trono de oro arrebató a Titono, que era de tu linaje y semejante a los dioses inmortales. Y fue a pedir al Hijo de Crono de oscuras nubes que él fuera inmortal y viviera eternamente; y Zeus inclinó la cabeza ante su plegaria y cumplió su deseo.

218-238.2 Demasiado ingenua fue la augusta Eos: no pensó en su corazón en pedir para él la juventud y despojarlo de la piel de la funesta vejez. Así, mientras gozaba de la dulce flor de la vida, vivió embelesado con Eos del trono de oro, la que nace temprano, junto a las corrientes de Océano, en los confines de la tierra; pero cuando las primeras canas comenzaron a asomar en su hermosa cabeza y en su noble barbilla, la augusta Eos se apartó de su lecho, aunque lo cuidaba en su casa y lo alimentaba con comida y ambrosía y le daba ricas vestiduras.

218-238.3 Pero cuando la odiosa vejez pesó por completo sobre él, y no podía moverse ni levantar sus miembros, esto le pareció en su corazón el mejor consejo: lo puso en una habitación y cerró las puertas resplandecientes. Allí balbucea sin fin, y ya no tiene ninguna fuerza, como la que tuvo en otro tiempo en sus ágiles miembros.

239-246 »Yo no querría que fueras inmortal entre los dioses inmortales y vivieras continuamente de esa manera. Pero si pudieras seguir viviendo tal como eres ahora en aspecto y en forma, y ser llamado mi esposo, la tristeza no envolvería entonces mi cuidadoso corazón. Pero, tal como es, la dura vejez te envolverá pronto —la vejez despiadada que algún día se pone al lado de todo hombre, funesta, agotadora, temida incluso por los dioses—.

247-290 »Y ahora por tu causa tendré gran vergüenza entre los dioses inmortales en adelante, continuamente. Pues hasta ahora temían mis burlas y las artimañas con que, tarde o temprano, uní a todos los inmortales con mujeres mortales, sometiéndolos a todos a mi voluntad.

247-290.2 Pero ahora mi boca ya no tendrá este poder entre los dioses; pues muy grande ha sido mi locura, mi miserable y terrible locura, y perdí el juicio, yo que he concebido un hijo bajo mi ceñidor, uniéndome con un hombre mortal. En cuanto al niño, en cuanto vea la luz del sol, lo criarán las Ninfas de los montes de profundo pecho que habitan este grande y sagrado monte.

247-290.3 Ellas no se cuentan ni entre los mortales ni entre los inmortales: viven en verdad largo tiempo, comiendo alimento celestial y pisando la encantadora danza entre los inmortales, y con ellas se unen los Silenos y el Matador de Argos de aguda mirada en lo hondo de grutas agradables; pero al nacer ellas, pinos o encinas de alta copa brotan con ellas sobre la tierra

fértil, árboles hermosos y lozanos, que se alzan altos sobre los elevados montes (y los hombres los llaman lugares sagrados de los inmortales, y nunca un mortal los tala con el hacha); pero cuando el destino de la muerte está cerca, primero se secan aquellos hermosos árboles donde están, y la corteza se arruga en torno a ellos, y las ramas caen, y al fin la vida de la Ninfa y la del árbol dejan juntas la luz del sol.

247-290.4 Estas Ninfas guardarán a mi hijo consigo y lo criarán, y en cuanto llegue a la encantadora niñez, las diosas te lo traerán aquí y te mostrarán a tu hijo. Pero, para decirte todo lo que tengo en mente, volveré aquí hacia el quinto año y te traeré a mi hijo.

247-290.5 En cuanto lo veas —un retoño que deleita los ojos—, te alegrarás al contemplarlo; pues será muy semejante a los dioses: entonces llévalo enseguida a la ventosa Ilión.

247-290.6 Y si algún hombre mortal te pregunta quién concibió a tu querido hijo bajo su ceñidor, acuérdate de decirle como te mando: di que es hijo de una de las Ninfas semejantes a flores que habitan esta colina cubierta de bosques. Pero si lo cuentas todo y te jactas neciamente de haberte acostado con Afrodita de rica corona, Zeus te herirá en su cólera con un rayo humeante.

247-290.7 Ya te lo he dicho todo. Ten cuidado: contente y no me nombres, sino ten en cuenta la cólera de los dioses.»

291 Dicho esto, la diosa se elevó al cielo ventoso.

292-293 ¡Salve, diosa, reina de la bien construida Chipre! Contigo he comenzado; ahora me volveré a otro himno.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 6

✦

1-18 Cantaré a la majestuosa Afrodita, de corona de oro y hermosa, cuyo dominio son las ciudades amuralladas de toda Chipre, situada en el mar. Allí el húmedo soplo del viento del oeste la llevó sobre las olas del mar de fuertes gemidos en suave espuma, y allí las Horas de diadema de oro la acogieron con alegría.

1-18.2 La vistieron con vestiduras celestiales: en la cabeza le pusieron una fina corona de oro bien labrada, y en sus orejas perforadas le colgaron adornos de oricalco y de oro precioso, y la adornaron con collares de oro sobre su suave cuello y sus pechos blancos como la nieve, joyas que las propias Horas de diadema de oro llevan siempre que van a la casa de su padre para unirse a las encantadoras danzas de los dioses.

1-18.3 Y cuando la hubieron adornado por completo, la llevaron ante los dioses, que la acogieron al verla, tendiéndole las manos. Cada uno de ellos pidió poder llevarla a casa como su esposa legítima, tanto se asombraron de la belleza de Citerea coronada de violetas.

19-21 ¡Salve, diosa de dulce encanto y mirada esquiva! Concédeme alcanzar la victoria en este certamen, y ordena tú mi canto. Y ahora me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 7

✦

1-16 Hablaré de Dioniso, hijo de la gloriosa Sémele, de cómo apareció en un promontorio saliente junto a la orilla del mar estéril, semejante a un muchacho en el primer vigor de la hombría: sus ricos cabellos oscuros ondeaban en torno a él, y sobre sus fuertes hombros llevaba un manto de púrpura.

1-16.2 Al poco llegaron veloces sobre el mar centelleante unos piratas tirrenos en una nave de buena cubierta —un destino miserable los guiaba—. Cuando lo vieron, se hicieron señas unos a otros y saltaron rápidamente, y, apresándolo al punto, lo subieron a bordo de su nave exultantes; pues pensaron que era hijo de reyes nutridos por el cielo.

1-16.3 Intentaron atarlo con toscos lazos, pero los lazos no lo sujetaban, y los mimbres caían lejos de sus manos y de sus pies; y él estaba sentado con una sonrisa en sus ojos oscuros. Entonces el timonel lo comprendió todo y gritó al punto a sus compañeros y dijo:

17-24 «¡Locos! ¿Qué dios es este al que habéis apresado y atáis, fuerte como es? Ni siquiera la nave bien construida puede llevarlo. Sin duda este es Zeus, o Apolo del arco de plata, o Poseidón, pues no se parece a los hombres mortales, sino a los dioses que habitan el Olimpo. Venid, pues, dejémoslo libre en la oscura orilla enseguida: no le pongáis las manos encima, no sea que se enoje y levante vientos peligrosos y fuertes borrascas.»

25-31 Así dijo él; pero el capitán lo increpó con palabras burlonas: «Loco, fíjate en el viento y ayuda a izar la vela de la nave: coge todas las escotas. En cuanto a este tipo, nosotros, los hombres, nos ocuparemos de él: calculo

que va camino de Egipto, o de Chipre, o de los hiperbóreos, o aún más lejos. Pero al final hablará y nos dirá quiénes son sus amigos y toda su riqueza y sus hermanos, ahora que la providencia lo ha puesto en nuestro camino.»

32-54 Dicho esto, hizo izar el mástil y la vela en la nave, y el viento hinchó la vela y la tripulación tensó las escotas a ambos lados. Pero pronto se vieron cosas extrañas entre ellos. Ante todo, un vino dulce y fragante corrió a chorros por toda la negra nave y se elevó un aroma celestial, de modo que todos los marineros quedaron atónitos al verlo.

32-54.2 Y de repente una vid se extendió a ambos lados a lo largo de lo alto de la vela, con muchos racimos colgando de ella, y una oscura hiedra se enroscó en el mástil, cubierta de flores y con ricas bayas creciendo en ella; y todos los toletes se cubrieron de guirnaldas. Cuando los piratas vieron todo esto, entonces por fin mandaron al timonel que llevara la nave a tierra.

32-54.3 Pero el dios se transformó en un león terrible allí en la nave, en la proa, y rugió con fuerza; en medio de la nave también mostró sus prodigios y creó una osa peluda que se alzó voraz, mientras en el castillo de proa estaba el león mirando con fiereza con el ceño fruncido.

32-54.4 Y así los marineros huyeron a la popa y se apiñaron aturdidos en torno al timonel de recto juicio, hasta que súbitamente el león saltó sobre el capitán y lo atrapó; y cuando los marineros lo vieron, saltaron todos por la borda al mar brillante, escapando de un destino miserable, y fueron transformados en delfines. Pero del timonel Dioniso tuvo piedad y lo retuvo y lo hizo del todo feliz, diciéndole:

55-57 «Ten ánimo, buen...; has hallado favor en mi corazón. Yo soy Dioniso, el de los fuertes gritos, a quien Sémele, hija de Cadmo, dio a luz de su unión con Zeus.»

58-59 ¡Salve, hijo de Sémele de hermoso rostro! Quien te olvida en modo alguno puede ordenar un dulce canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 8

✦

1-17 Ares, excelso en fuerza, conductor de carro, de casco de oro, valiente de corazón, portador de escudo, Salvador de ciudades, revestido de bronce, fuerte de brazo, incansable, poderoso con la lanza, oh baluarte del Olimpo, padre de la Victoria guerrera, aliado de Temis, severo gobernante de los rebeldes, guía de los hombres justos, Rey de la hombría que empuña el cetro, que haces girar tu esfera ardiente entre los planetas en sus siete cursos a través del éter, donde tus corceles llameantes te llevan siempre por encima del tercer firmamento del cielo; ¡escúchame, auxiliador de los hombres, dador de la juventud intrépida!

1-17.2 Derrama desde lo alto un rayo benévolo sobre mi vida, y la fuerza de la guerra, para que pueda alejar de mi cabeza la amarga cobardía y aplastar los impulsos engañosos de mi alma. Contén también la aguda furia de mi corazón, que me incita a pisar los caminos de la lucha que hiela la sangre.

1-17.3 Antes bien, oh bienaventurado, dame valor para permanecer dentro de las inofensivas leyes de la paz, evitando la lucha y el odio y los violentos demonios de la muerte.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 9

✦

1-6 Musa, canta a Artemisa, hermana del Que hiere de lejos, la virgen que se complace en las flechas, que fue criada con Apolo. Ella abreva a sus caballos en el Meles, lleno de juncos, y conduce velozmente su carro todo de oro a través de Esmirna hasta Claros, cubierta de viñas, donde Apolo, dios del arco de plata, está sentado esperando a la diosa que hiere de lejos y se complace en las flechas.

7-9 Y así, salve, Artemisa, en mi canto, y también todas las diosas. De ti canto primero y contigo comienzo; ahora que he comenzado contigo, me volveré a otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 10

✦

1-3 De Citerea, nacida en Chipre, cantaré. Ella da dones bondadosos a los hombres: las sonrisas están siempre en su encantador rostro, y encantador es el brillo que juega sobre él.

4-6 Salve, diosa, reina de la bien construida Salamina y de Chipre rodeada por el mar; concédeme un canto alegre. Y ahora me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 11

✦

1-4 De Palas Atenea, guardiana de la ciudad, comienzo a cantar. Terrible es ella, y con Ares ama las obras de guerra, el saqueo de las ciudades y el griterío y la batalla. Es ella quien salva al pueblo cuando sale a la guerra y regresa.

5 ¡Salve, diosa, y danos buena fortuna con felicidad!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 12

✦

1-5 Canto a Hera del trono de oro, a quien dio a luz Rea. Reina de los inmortales es ella, que supera a todas en belleza: es la hermana y la esposa de Zeus que truena fuerte —la gloriosa, a quien todos los bienaventurados por todo el alto Olimpo reverencian y honran igual que a Zeus, que se complace en el trueno—.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 13

✦

1-2 Comienzo a cantar a Deméter de hermosos cabellos, diosa venerable, a ella y a su hija, la encantadora Perséfone.

3 ¡Salve, diosa! Guarda esta ciudad y gobierna mi canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 14

✦

1-5 Te lo ruego, Musa de voz clara, hija del poderoso Zeus, canta a la madre de todos los dioses y hombres. Ella se complace con el son de las sonajas y los tamboriles, con la voz de las flautas y el clamor de los lobos y de los leones de ojos brillantes, con las colinas que resuenan y los valles boscosos.

6 ¡Y así, salve tú en mi canto, y también todas las diosas!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 15

✦

1-8 Cantaré a Heracles, hijo de Zeus y con mucho el más poderoso de los hombres sobre la tierra. Alcmena lo dio a luz en Tebas, la ciudad de las encantadoras danzas, cuando el Hijo de Crono de oscuras nubes se hubo acostado con ella. En otro tiempo vagaba por inmensas extensiones de tierra y de mar por orden del rey Euristeo, y él mismo realizó muchos actos de violencia y soportó muchos; pero ahora vive feliz en la gloriosa morada del nevado Olimpo, y tiene por esposa a Hebe de finos tobillos.

9 ¡Salve, señor, hijo de Zeus! Dame éxito y prosperidad.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 16

✦

1-4 Comienzo a cantar a Asclepio, hijo de Apolo y sanador de las enfermedades. En la llanura de Dotio la bella Corónide, hija del rey Flegias, lo dio a luz, gran alegría para los hombres, calmante de crueles dolores.

5 ¡Y así, salve, señor: en mi canto te dirijo mi plegaria!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 17

✦

1-4 Canta, Musa de voz clara, a Cástor y Polideuces, los Tindáridas, que nacieron de Zeus Olímpico. Al pie de las cumbres del Taigeto los dio a luz la majestuosa Leda, cuando el Hijo de Crono de oscuras nubes la hubo doblegado en secreto a su voluntad.

5 ¡Salve, hijos de Tindáreo, jinetes de veloces caballos!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 18

✦

1-9 Canto a Hermes Cilenio, el Matador de Argos, señor del Cilene y de la Arcadia rica en rebaños, mensajero de los dioses inmortales que trae la buena suerte. Nació de Maya, hija de Atlas, después de que ella se uniera con Zeus —diosa tímida era ella—.

1-9.2 Siempre evitaba la muchedumbre de los dioses bienaventurados y vivía en una cueva sombría, y allí el Hijo de Crono solía acostarse con la ninfa de ricas trenzas en lo más profundo de la noche, mientras Hera de blancos brazos yacía presa de un dulce sueño; y ni dios inmortal ni hombre mortal lo supo.

10-11 ¡Y así, salve, Hijo de Zeus y de Maya; contigo he comenzado: ahora me volveré a otro canto!

12 ¡Salve, Hermes, dador de la gracia, guía y dador de bienes!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 19

✦

1-26 Musa, háblame de Pan, el querido hijo de Hermes, con sus pies de cabra y sus dos cuernos —amante del alegre bullicio—. Por los claros boscosos vaga con las ninfas danzarinas, que bailan al borde de algún escarpado risco, invocando a Pan, el dios pastor, de largos cabellos, desgreñado.

1-26.2 Tiene por dominio toda cresta nevada y las cumbres de los montes y las crestas rocosas; de aquí para allá va por los espesos matorrales, unas veces atraído por los suaves arroyos, otras avanzando entre altísimos riscos y subiendo a la cumbre más alta que domina los rebaños.

1-26.3 A menudo recorre los altos montes relucientes, y con frecuencia, por las laderas de las colinas, corre matando fieras, este dios de aguda mirada. Solo al atardecer, cuando vuelve de la caza, hace sonar su nota, tocando dulce y quedo en su flauta de caña: ni siquiera ella podría superarlo en melodía —aquella ave que en la primavera cargada de flores, derramando su lamento, entona un canto de voz de miel entre las hojas—.

1-26.4 A esa hora las ninfas de voz clara están con él y se mueven con pies ágiles, cantando junto a alguna fuente de agua oscura, mientras Eco gime en torno a la cima del monte, y el dios, a este o a aquel lado de los coros, o a veces deslizándose hacia el medio, danza ágilmente con sus pies.

1-26.5 A la espalda lleva una piel moteada de lince, y se deleita con cantos agudos en un suave prado donde los azafranes y los fragantes jacintos florecen al azar entre la hierba.

27-47 Cantan a los dioses bienaventurados y al alto Olimpo, y eligen hablar de alguien como Hermes que trae la buena suerte por encima de los demás: cómo es el veloz mensajero de todos los dioses, y cómo llegó a Arcadia, la tierra de muchas fuentes y madre de rebaños, allí donde está su lugar sagrado como dios del Cilene.

27-47.2 Pues allí, aunque dios, solía cuidar ovejas de vellón rizado al servicio de un hombre mortal, porque cayó sobre él y se hizo fuerte un ardiente deseo de desposar a la hija de ricas trenzas de Dríope, y allí llevó a cabo la alegre boda.

27-47.3 Y en la casa ella dio a Hermes un querido hijo que desde su nacimiento era maravilloso de ver, con pies de cabra y dos cuernos —un niño ruidoso y de risa alegre—. Pero cuando la nodriza vio su tosco rostro y su barba poblada, tuvo miedo y se levantó de un salto y huyó y dejó al niño.

27-47.4 Entonces Hermes que trae la buena suerte lo recibió y lo tomó en sus brazos: muy alegre estaba el dios en su corazón. Y fue deprisa a las moradas de los dioses inmortales, llevando al hijo envuelto en cálidas pieles de liebres del monte, y lo puso junto a Zeus y lo mostró a los demás dioses.

27-47.5 Entonces todos los inmortales se alegraron en su corazón, y en especial Dioniso Báquico; y llamaron al niño Pan porque deleitó el corazón de todos.

48-49 ¡Y así, salve, señor! Busco tu favor con un canto. Y ahora me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 20

✦

1-7 Cantad, Musas de voz clara, a Hefesto, famoso por sus inventos. Con Atenea de ojos brillantes enseñó a los hombres dones gloriosos por todo el mundo —hombres que antes solían habitar en cuevas en los montes como fieras—. Pero ahora que han aprendido las artes por medio de Hefesto, el famoso artífice, viven fácilmente una vida pacífica en sus propias casas todo el año.

8 ¡Sé propicio, Hefesto, y concédeme éxito y prosperidad!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 21

✦

1-4 Febo, de ti hasta el cisne canta con voz clara al batir de sus alas, cuando se posa en la orilla junto al río Peneo de remolinos; y de ti el juglar de dulce lengua, sosteniendo su lira aguda, canta siempre al principio y al fin.

5 ¡Y así, salve, señor! Busco tu favor con mi canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 22

✦

1-5 Comienzo a cantar a Poseidón, el gran dios, que mueve la tierra y el mar estéril, dios del abismo, que es también señor del Helicón y de la ancha Egas. Un doble oficio te asignaron los dioses, oh Sacudidor de la tierra: ser domador de caballos y salvador de naves.

6-7 ¡Salve, Poseidón, Sostenedor de la Tierra, señor de oscuros cabellos! ¡Oh bienaventurado, sé benévolo de corazón y ayuda a los que viajan en naves!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 23

✦

1-3 Cantaré a Zeus, el principal entre los dioses y el más grande, que todo lo ve, señor de todo, el que todo lo cumple y susurra palabras de sabiduría a Temis mientras ella está sentada inclinada hacia él.

4 ¡Sé propicio, Hijo de Crono que todo lo ves, excelentísimo y grande!

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 24

✦

1-5 Hestia, tú que cuidas la santa casa del señor Apolo, el Que hiere de lejos, en la hermosa Pito, con suave aceite goteando siempre de tus cabellos, ven ahora a esta casa, ven, teniendo un mismo sentir con Zeus el sapientísimo; acércate, y concede además gracia a mi canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 25

✦

1-5 Comenzaré por las Musas y por Apolo y por Zeus. Pues es por las Musas y por Apolo por lo que hay cantores sobre la tierra y tañedores de lira; pero los reyes vienen de Zeus. Dichoso aquel a quien las Musas aman: dulce fluye el habla de sus labios.

6-7 ¡Salve, hijos de Zeus! ¡Honrad mi canto! Y ahora me acordaré de vosotros y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 26

✦

1-9 Comienzo a cantar a Dioniso coronado de hiedra, el dios de los fuertes gritos, espléndido hijo de Zeus y de la gloriosa Sémele. Las Ninfas de hermosos cabellos lo recibieron en su regazo de manos del señor su padre, y lo criaron y nutrieron con cuidado en los valles de Nisa, donde por voluntad de su padre creció en una cueva fragante, contado entre los inmortales.

1-9.2 Pero cuando las diosas lo hubieron criado, dios muchas veces celebrado en himnos, comenzó a vagar continuamente por los valles boscosos, espesamente coronado de hiedra y de laurel. Y las Ninfas lo seguían en su cortejo, teniéndolo por guía; y el bosque sin límites se llenaba de su clamor.

10-13 ¡Y así, salve, Dioniso, dios de abundantes racimos! Concédenos volver alegres a esta estación, y desde esta estación en adelante por muchos años.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 27

✦

1-20 Canto a Artemisa, cuyas flechas son de oro, que anima a los perros, la doncella pura, que caza ciervos, que se deleita en el tiro con arco, hermana carnal de Apolo de la espada de oro. Sobre las colinas sombrías y las cumbres ventosas tensa su arco de oro, gozando de la caza, y dispara dolorosas flechas.

1-20.2 Las cimas de los altos montes tiemblan y el enmarañado bosque resuena de modo sobrecogedor con el clamor de las fieras; tiembla la tierra, y también el mar donde se juntan los peces.

1-20.3 Pero la diosa, de corazón audaz, se vuelve hacia todas partes destruyendo la raza de las fieras; y cuando está satisfecha y ha alegrado su corazón, esta cazadora que se complace en las flechas afloja su flexible arco y va a la gran casa de su querido hermano Febo Apolo, a la rica tierra de Delfos, para ordenar allí la encantadora danza de las Musas y las Gracias.

1-20.4 Allí cuelga su arco curvo y sus flechas, y encabeza y dirige las danzas, graciosamente ataviada, mientras todas ellas alzan su voz celestial, cantando cómo Leto de finos tobillos dio a luz hijos supremos entre los inmortales tanto en pensamiento como en obra.

21-22 ¡Salve, hijos de Zeus y de Leto de hermosos cabellos! Y ahora me acordaré de vosotros y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 28

✦

1-16 Comienzo a cantar a Palas Atenea, la gloriosa diosa, de ojos brillantes, ingeniosa, de corazón inflexible, virgen pura, salvadora de ciudades, valerosa, Tritogenia. De su terrible cabeza el propio sabio Zeus la dio a luz, revestida de armas de guerra de oro resplandeciente, y el temor se apoderó de todos los dioses al contemplarla.

1-16.2 Pero Atenea saltó rápidamente de la cabeza inmortal y se puso delante de Zeus que porta la égida, blandiendo una lanza afilada: el gran Olimpo empezó a vacilar horriblemente ante el poder de la diosa de ojos brillantes, y la tierra alrededor gritó terriblemente, y el mar se agitó y se revolvió en olas oscuras, mientras la espuma brotaba súbitamente: el brillante Hijo de Hiperión detuvo sus caballos de pies veloces durante mucho tiempo, hasta que la doncella Palas Atenea se quitó la armadura celestial de sus hombros inmortales. Y el sabio Zeus se alegró.

17-18 ¡Y así, salve, hija de Zeus que porta la égida! Ahora me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 29

✦

1-6 Hestia, en las altas moradas de todos, tanto de los dioses inmortales como de los hombres que andan sobre la tierra, has obtenido una morada eterna y el más alto honor: gloriosa es tu porción y tu derecho. Pues sin ti los mortales no celebran banquete —donde no se derrama debidamente dulce vino en ofrenda a Hestia al principio y al fin—.

7-11 Y tú, Matador de Argos, Hijo de Zeus y de Maya, mensajero de los dioses bienaventurados, portador de la vara de oro, dador del bien, sé propicio y ayúdanos, tú y Hestia, la venerable y querida. Venid y habitad juntos en amistad en esta gloriosa casa; pues vosotros dos, conociendo bien las nobles acciones de los hombres, ayudáis a su sabiduría y a su fuerza.

12-14 ¡Salve, Hija de Crono, y tú también, Hermes, portador de la vara de oro! Ahora me acordaré de vosotros y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 30

✦

1-16 Cantaré a la Tierra de firmes cimientos, madre de todos, la más antigua de todos los seres. Ella alimenta a todas las criaturas que hay en el mundo, a todas las que andan sobre la buena tierra, y a todas las que están en los caminos de los mares, y a todas las que vuelan: todas ellas se alimentan de su provisión.

1-16.2 Por ti, oh reina, los hombres son bendecidos en sus hijos y bendecidos en sus cosechas, y a ti te corresponde dar los medios de vida a los hombres mortales y quitárselos. ¡Dichoso el hombre a quien te complaces en honrar! Tiene todas las cosas en abundancia: su tierra fértil está cargada de trigo, sus pastos están cubiertos de ganado, y su casa está llena de bienes.

1-16.3 Tales hombres gobiernan con orden en sus ciudades de hermosas mujeres: grandes riquezas y opulencia los acompañan; sus hijos exultan con un deleite siempre renovado, y sus hijas, en grupos cargados de flores, juegan y saltan alegremente sobre las suaves flores del campo. Así es con aquellos a quienes honras, oh santa diosa, espíritu generoso.

17-19 ¡Salve, Madre de los dioses, esposa del Cielo estrellado; concédeme de buen grado por este mi canto un sustento que alegre el corazón! Y ahora me acordaré de ti y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 31

✦

1-16 Y ahora, oh Musa Calíope, hija de Zeus, empieza a cantar al resplandeciente Helio, a quien Eurifaesa de dulce mirada, la que brilla a lo lejos, dio a luz al Hijo de la Tierra y del Cielo estrellado.

1-16.2 Pues Hiperión desposó a la gloriosa Eurifaesa, su propia hermana, que le dio hermosos hijos: Eos de brazos rosados, y Selene de ricas trenzas, y el incansable Helio, que es semejante a los dioses inmortales. Mientras avanza en su carro, brilla sobre los hombres y los dioses inmortales, y mira penetrantemente con sus ojos desde su casco de oro.

1-16.3 Rayos brillantes irradian de él deslumbrantes, y sus brillantes cabellos, que caen de las sienes de su cabeza, enmarcan graciosamente su rostro visible de lejos; una rica vestidura de fino hilado resplandece sobre su cuerpo y ondea al viento; y lo llevan sementales.

1-16.4 Entonces, cuando ha detenido su carro de yugo de oro y sus caballos, reposa allí en el punto más alto del cielo, hasta que maravillosamente los conduce de nuevo hacia abajo a través del cielo hasta Océano.

17-19 ¡Salve, señor! Concédeme de buen grado un sustento que alegre el corazón. Y ahora que he comenzado contigo, celebraré la raza de los hombres mortales semidivinos cuyas hazañas las Musas han mostrado a la humanidad.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 32

✦

1-13 Y después, Musas de dulce voz, hijas de Zeus, hábiles en el canto, hablad de la Luna de largas alas. De su cabeza inmortal un resplandor se muestra desde el cielo y abraza la tierra; y grande es la belleza que surge de su luz brillante.

1-13.2 El aire, antes sin luz, resplandece con la luz de su corona de oro, y sus rayos brillan claros siempre que la brillante Selene, tras bañar su hermoso cuerpo en las aguas de Océano y ponerse su reluciente tiro que brilla a lo lejos, conduce a toda velocidad sus caballos de largas crines, al atardecer, a mitad del mes: entonces su gran órbita está llena, y entonces sus rayos brillan con más fuerza mientras crece. Así es una señal segura y un signo para los hombres mortales.

14-16 Una vez el Hijo de Crono se unió a ella en amor; y ella concibió y dio a luz una hija, Pandía, extraordinariamente hermosa entre los dioses inmortales.

17-20 ¡Salve, diosa de blancos brazos, brillante Selene, suave reina de brillantes trenzas! Y ahora te dejaré y cantaré las glorias de los hombres semidivinos, cuyas hazañas celebran con labios encantadores los juglares, servidores de las Musas.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

HIMNO 33

✦

1-17 Musas de ojos brillantes, hablad de los Tindáridas, los Hijos de Zeus, gloriosos hijos de Leda de finos tobillos, Cástor, domador de caballos, y el intachable Polideuces.

1-17.2 Cuando Leda se hubo acostado con el Hijo de Crono de oscuras nubes, los dio a luz al pie de la cumbre de la gran colina del Taigeto —hijos que son libertadores de los hombres sobre la tierra y de las naves veloces cuando los vendavales tempestuosos se embravecen sobre el mar despiadado—.

1-17.3 Entonces los marineros invocan a los hijos del gran Zeus con votos de corderos blancos, yendo a la parte delantera de la proa; pero el fuerte viento y las olas del mar ponen la nave bajo el agua, hasta que súbitamente se ve a estos dos lanzándose por el aire sobre alas leonadas.

1-17.4 Al punto calman las ráfagas de los vientos crueles y aquietan las olas en la superficie del blanco mar: hermosas señales son y liberación de la fatiga. Y cuando los marineros los ven, se alegran y descansan de su dolor y de su trabajo.

18-19 ¡Salve, Tindáridas, jinetes de veloces caballos! Ahora me acordaré de vosotros y también de otro canto.

Une Sacra · edición 1.6 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0